COMEDIA FAMOSA.

EL ERMITAÑO GALAN, Y MESONERA DEL CIELO.

DEL DOCTOR MIRA DE MESQUA.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Abrahan, Galan.	*María, Dama.*	*Alvarez, Mesonero.*
Alexandro, Galan.	*Lucrecia, Dama.*	*El Demonio.*
Mardonio, Galan.	*Artemio, Barba.*	*Un Angel.*
Leonato, Galan.	*Pantoja, Gracioso.*	*Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Abrahan de gala, y Pantoja Lac.

Abrah. Esto ha de ser.
Pantoj. Es posible,
que en el dia de tus bodas
des en ese disparate?
Abrah. No me repliques, Pantoja,
que el casarme es desacierto.
Pant. Por Dios, señor, que la novia
puede armarse de paciencia,
pues para verter aljófar,
no ha menester este dia
tratar ajos ni cebollas;
porque á verter Margaritas
tu desayre le ocasiona.
Qué has visto en ella, que así,
quando está hecha la costa,
la gente junta, amasado
el pan blanco de las tortas,
guisado el carnero verde,
sazonadas las albóndigas,
rellenos los pavos reales,
asada la tierna corza,
las perdices y conejos,
los francolines y tórtolas,
y todo tan en su punto,
que á la mas Cartuxa Monja
despertara el apetito
á que sin melindre coma,
tú, necio, dexarla intentas?
(de que así te hable perdona,
que la locura en que has dado,
obliga á que se haga tonta
la mayor cordura) dime,
ya que á aquesto te acomodas,
por qué quieres que yo pague,
sin haber pecado en cosa,
tu disparate y locura?
Abrah. Pésame, que así te opongas
á mis intentos: en qué
se marchitan y malogran
los tuyos? *Pant.* En qué preguntas?
la respuesta no es muy honda.
El tiempo que te he servido,
años, meses, dias y horas,
con esperanza he pasado,
si bien con hambres famosas,
de verme harto este dia;
y ahora que era forzosa
la ocasion de ver cumplido
mi deseo, te alborotas,
y das en esta locura?
Déxame, señor, que coma,

y que salgan de mal año
las tripas y las alforjas
del cuajo, y partamos luego
á las Indias mas remotas,
á los senos mas incultos,
á las mas tristes mazmorras,
á las mas secretas cuevas,
á las mas hondas alcobas,
á los sótanos mas frios,
á la mas cálida Zona,
á la Escitia mas helada,
á la ribera mas sorda
del Nilo, á Chipre, á Cantabria,
á Jerusalen, á Roma,
y adonde quisieres vamos
en comiendo; mas ahora
has de saber, que á las tripas
he soltado las alforzas,
y están sin mentir en nada,
con una hambre Canóniga,
pues Canónigos parecen
en la hambre y en la cola.
Abrah. Que gustes de disparates,
quando yo á mayores cosas
me dispongo! Si pretendes
seguirme, no te hagas roca
á mi intento, que esta hartura
se acabará en horas cortas,
y te hallarás mas hambriento
quando se acabe la boda.
Si quieres seguir mis pasos,
ven conmigo, y no interpongas
razones disparatadas,
porque con ellas malogras
el tiempo que estoy perdiendo;
que el tiempo es cosa preciosa,
y el tiempo una vez perdido,
es tiempo, y nunca se cobra.
Pant. Pues no perdamos el tiempo,
si no gocemos ahora
el tiempo de la comida,
y prevendremos la alforja
con vino y pan, y entre el pan
llevaremos unas lonjas
con que pasemos el tiempo;
porque caminar sin bota
y sin pan, y mas á pie,
es la cosa mas penosa,
que alivio de caminantes
escribe en todas sus hojas.
Abrah. Quédate pues, que ya está
muy cansada tu persona.
Pant. Oye un poco, por tu vida.
Abrah. Qué quieres?
Pant. No es muy hermosa
tu Doña Lucrecia? *Abrah.* Si.
Pant. No es muy discreta?
Abrah. Es Belona.
Pant. No es compuesta?
Abrah. Y muy compuesta.
Pant. No es santa? no es virtuosa?
no es recogida? no es noble?
no es mas que Lucrecia y Porcia?
no es un jardin de virtudes,
y otras trescientas mil cosas?
Abrah. Mas es de lo que encareces.
Pant. Pues si es mas, por qué remontas
el juicio, y das en ser loco?
Abrah. Antes soy cuerdo.
Pant. No abonas
tu disparate con eso,
que siendo novia de novias,
siendo de honradas la honrada,
siendo de hermosas la hermosa,
siendo de nobles la noble,
y siendo al fin entre todas
la mas cuerda (aunque de lana
son las mugeres de ahora)
dexarla de aquesta suerte
son ocasiones forzosas,
con cabes tan de á paleta,
á que diga la mas boba,
ó el mas bobo de estos tiempos,
si es que ya bobos se forjan;
mas ya no hay que buscar bobos,
que el mas tonto se transforma
en lince y en basilisco
en esto de quitar honras:
y así dirá, como digo,
el que no tuviere boca,
que has entrado en el jardin
á coger las olorosas
flores, que respiran ambar,
y que en vez de coger rosas,
azucenas y claveles,
maravillas y amapolas,
hallaste violetas solo;
porque alguna vez entre otras,

por llegar otro primero,
deshojó la flor hermosa;
y quando llegaste tú,
hallaste el tronco sin hojas.
Abrah. Calla, ignorante, no digas,
aunque sea de burlas, cosa
tan loca y disparatada,
con infamia tan notoria.
Que presumir de Lucrecia
lo que pronuncia tu loca
lengua, necia y maldiciente,
será decir, que las Zónas
círculos y paralelos
por donde gira la antorcha,
que con sus rayos alumbra
las mas ocultas alcobas,
siendo de Zafir brillante,
son de materia arenosa;
que el monte rígido es valle;
que el valle es monte, que toca
con sus empinadas puntas
á la célebre Corona
de Ariadna; que es el fuego
cristal puro, y que en sus ovas
se esconde el plateado pez;
y que las aguas, que brotan
de fuentecillas humildes,
son fragua en que se acrisola
el oro puro de Arabia;
que la enfermedad engorda;
que el Sol yela; que calienta
el yelo; que nunca brotan
las plantas con el Verano;
y que el Estío no agosta
los pimpollos, que el Abril
vistió de lozana pompa.
Y así dexa necedades,
que quien desenvuelto toca
en el honor de Lucrecia,
á mí me agravia y deshonra.
Pant. Pues por qué quieres dexarla?
Abrah. Porque una belleza estorba
servir á Dios, y que suba
al monte donde se gozan
las contemplaciones altas,
que el pensamiento remontan
á la eternidad de Dios,
y á la esencia de su gloria;
que tengo por imposible,
que quien sirve á dos personas,
pueda acudir en un tiempo
á la una y á la otra.
Este mar del matrimonio
tiene al principio las olas
lisonjeras y apacibles,
suave el zéfiro sopla.
La nave, que es la muger,
ostenta las xarcias todas
compuestas y pertrechadas,
mesana, trinquete y popa.
Toca el clarin amoroso,
con gusto se zarpa y boga,
todo en placer y alegría,
pero si el mar se alborota,
si hay borrasca y vendavales,
si hay viento y maretas sordas,
si hay uracan descompuesto,
no hay Piloto, que componga
las velas ya maltratadas,
ni las demas xarcias rotas.
Ya en esta sirte se encalla,
ya topa en aquella roca,
ya no hay áncora que aferre,
porque no alcanza la sonda
de la paciencia, aunque tenga
brazas muchas: ya amontonan
rigores contra el Piloto
las espumas caudalosas
del cuidado de los hijos,
y de las galas y joyas
de la muger: y atendiendo
á estas y otras muchas cosas,
es imposible acudir
á la obligacion forzosa
de servir á Dios; y así
pretendo, que la memoria
se ocupe en cosas eternas,
y olvide las transitorias.
Demas de esto, hay cosas muchas,
que á los hombres apasionan,
y si al principio no huyen,
no hay dexarlas, aunque corran.
Que es tal árbol la muger,
que quien se duerme á su sombra,
quando despierta del sueño,
mas penas que gustos goza.
Y si ausentarse pretende,
y lo executa, no importa,

que es la memoria verdugo,
que atormenta y acongoja.
Esto, Pantoja, me obliga
á no aguardar á las bodas,
que si aguardo, á poner vengo
el fuego junto la estopa;
y el soplo de la ocasion
con ternezas amorosas,
es alquitran poderoso,
que tala, abrasa y destroza
los pensamientos mas castos;
y encendido, aunque se pongan
estorbos, no hay quien apague
los incendios de esta Troya.
Amor y ocasion son fuego;
yo soy ciega mariposa,
y tocado al fuego, es fuerza
quemarme una vez ú otra.
Esto me obliga á ausentarme,
esto me incita á que corra,
esto me mueve á que huya,
y esto me anima á que ponga
tierra en medio; que el huir
de ocasiones amorosas,
es la mayor valentía,
y el vencerse gran victoria. *Vase.*
Pant. Aguarda, no te apresures,
deten el paso, no corras,
que pareces fiera herida
de saeta venenosa.
El se va, y acá me dexa:
señor, ya voy por la alforja,
ya voy por los alpargates,
presto vuelvo con la bota:
no te vayas tan ligero,
que si vas tan por la posta,
es imposible seguirte,
porque estoy lleno de ronchas,
y es menester que un Barbero
me saque quatro mil onzas
de sangre, pues son verdugos
de venas que no están rotas.
El se fué, ya no parece,
mejor es llamar la novia,
que gente tras él envie,
y en comiéndonos la boda,
si quiere ser Ermitaño,
aunque en mí es accion impropia,
si él fuere el Padre Abrahan,
seré el Hermano Pantoja.
Lucrecia, señora mia?
plegue á Dios que no respondas.
Oyes, Lucrecia, ha Lucrecia?
por Christo, que se hace sorda,
quando es de mucha importancia,
que me escuche y que me oiga
siquiera tres mil palabras.
Sale Lucrecia.
Luc. Quién me llama? *Pant.* Yo, señora,
te llamo y doy estas voces.
Luc. Para qué? *Pant.* Para que pongas
haldas en cinta, y que partas
mas ligera que una onza,
mas suelta que un cabritillo,
mas veloz que una paloma,
mas ágil que un ciervo herido,
mas que fugitiva corza,
mas que liebre entre los perros,
mas que la acosada zorra,
mas que un ladron, quando huye
de Alguaciles que le acosan,
mas que un sacre tras la garza,
que á los Cielos se remonta,
mas que el viento. *Luc.* Necio, calla,
ó di lo que te ocasiona
á llamarme y suspenderme.
Pant. Digo, señora, que importa,
que sin dilatarlo un punto,
tomes yeguas, tomes postas,
y tras de Abrahan tu esposo
vayas luego, que la mosca
le ha picado, y por no verte
se va á vivir entre rocas.
Luc. Qué dices? *Pant.* Lo q̃ me escuchas,
y si te tardas un hora,
será imposible alcanzarle,
que si en el monte se embosca,
no ha de haber perro de muestra,
que tope con su persona,
ni de la cueva sacarle
podrán quatro mil huronas.
Esto pasa, esto te digo;
y pues la verdad no ignoras,
haz diligencia apretada
para acabar de ser novia,
que si te quedas así,
dirá la Tebayda toda,
que novia en xerga te quedas,
sin

sin ir al batan la ropa.
Yo voy siguiendo sus pasos,
que aunque parte sin alforjas,
para comprar pan y vino
se deshará de una joya. *Vase.*

Lucrec. Oyes, Pantoja amigo,
no vayas tan presuroso,
deten el paso diligente;
y pues eres testigo
de que se va mi esposo,
y permite mi suerte, que se ausente
donde tenga por gente
peñascos y panteras,
mi amor me da ligeras
alas para seguirle;
y ya que vas, camina, y ve á decirle,
que en tan forzoso lance
alas me presta amor con que le alcance.
Arroyuelos ligeros,
hinchad vuestros raudales,
no hagais puente de plata á mi querido,
afilad los aceros
en líquidos cristales:
y si prision de yelo os ha oprimido
lo que cárcel ha sido
del escarchado Enero,
rompa el mayor lucero
grillos de plata pura,
trocando en libertades la clausura,
y en vuestra amena playa
haced á mi querido estar á raya.
Empinados pimpollos
de hayas y de lentiscos,
que haceis opaco y emboscado monte,
formad con los rebollos
y con los pardos riscos,
para que mi Abrahan no se remonte,
sierras, que otro Orizonte
no descubra ni vea,
sino que en ese sea
mi esposo detenido,
que se aleja de mí qual ciervo herido,
si bien con su partida
la cierva vengo á ser, que queda herida.
Aguarda, dueño mio,
no vayas tan ligero,
vuelve á darme la vida, que me llevas,
mira que tu desvío
es de amante grosero,
y para un firme amor son muchas
yo vine desde Tébas (pruebas:
á ser tu amada esposa;
y ya que mariposa
vengo á ser de tu llama,
vuelve á dar vida á quien de veras ama,
que es notable desdicha
acabarse tan presto tanta dicha. *Vase.*

Salen María Dama, y Alexandro Gal.

Alex. Hasta quándo tus rigores
han de durar? oye un poco,
pues vés que me tiene loco
la fuerza de mis amores:
Médico de mis dolores
puedes ser, que en tanto mal,
el remedio principal
de mis males y mis bienes,
en una caxa le tienes
guarnecido de coral.
Oiga yo, hermosa María,
de tu boca un sí de esposo,
que es récipe poderoso
para mi melancolía:
bien veo, que es demasía
lo que pido; pero advierte,
que mi buena ó mala suerte
consiste, prenda querida,
en tu sí, que ha de dar vida,
ó en tu no, que ha de dar muerte.
Dos letras hay en el no,
y dos letras en el sí,
y mas no te cuesta á ti
decir sí, que decir no:
y si mi amor mereció
ser en tu gracia admitido,
el dulce sí que te pido,
tan dichoso me ha de hacer,
que nombre vendré á tener
del mas felice marido.
Y si pronuncias el no,
en vez de pronunciar sí,
verá todo el mundo en mí
lo que mi amor te estimó:
no pido por fuerza yo,
que sea mi amor premiado;
mas en tan confuso estado,
aguardar será forzoso
ser con tu sí mas dichoso,
y con tu no desdichado.

Y si permitiere el Cielo
sentenciar contra mi amor,
de tal sentencia y rigor
para el mismo amor apelo:
donde tendré por consuelo,
quando no admites mi fe,
que mi amor le dediqué
á una muger, que en rigor
sé que no admite mi amor,
y que olvidarla no sé.

María. Quisiera tener razones
para saber responder
á la fuerza de querer,
que tú delante me pones;
pero las obligaciones
de una muger principal,
no pueden tener caudal
para hablarte sin desden,
que decir no, la está bien,
y decir sí, la está mal.
Si ahora dixera sí,
en teniendo posesion,
pudiera haber ocasion,
que te enfadaras de mí:
y como favor te di
adelantado, pudieras
con mil zelosas quimeras,
aunque fuera barbarismo,
pensar, que hiciera lo mismo
con otro que tú no fueras.
Y así, conociendo bien,
que pudieran dar cuidados
favores adelantados
en quien ama y quiere bien;
mejor es, que con desden
á tu amor responda yo
con las dos letras del no,
y no con las dos del sí,
quedando recurso así
para mí, que en ti apeló.
Con mí no podrás hablar
á mi tio, que su sí
me puede obligar á mí
á que yo te venga á amar;
pero es locura intentar,
que sin su gusto te dé
el sí, que intenta tu fe,
que á desenvoltura pasa
la muger, que ella se casa,
aunque enamorada esté.
Mi tribunal pronunció
la sentencia contra ti,
pues aguardabas un sí,
y te ha respondido un no:
que pues tu amor apeló
del rigor de esta sentencia,
ten, Alexandro, paciencia,
y sigue el pleyto con brio,
que podrá ser que mi tio
revoque aquesta sentencia.

Alex. Oye, aguarda, detente,
no te ausentes de mí tan velozmente,
reprime la extrañeza
y el rigor con que me habla tu belleza,
que me darás la muerte,
si me dexas aquí de aquesta suerte.
Que aunque de tal lenguage
á mi firmeza no se sigue ultraje;
con todo, á sacar vengo,
quando á ser tan dichoso me prevengo,
que intentas de esta suerte
darme por dulce vida amarga muerte.

María. Mal, Alexandro, entiendes
(quando tanto te agravias y te ofendes)
lo que yo he respondido,
á lo que tus razones me han pedido;
que si bien lo entendieras,
nunca de mi respuesta te ofendieras.
Que no fué despreciarte,
ni decirte, que yo no quiero amarte,
ni mostrarte desvío,
remitiéndolo al gusto de mi tio,
que ántes ocasionaba
para pensar que el alma te estimaba.
Y así, vuelvo á decirte,
que para hablarle puedes prevenirte;
que si al sí pretendido
con un resuelto no te he respondido,
es decirte, que es justo,
que no me case yo contra mi gusto.

Alex. Oye, hermosa María.

María. Ya de límite pasa tu porfía.

Alex. Es amor quien lo ordena.

Mar. Habla á mí tio, y sal de aquesta pena.

Alex. Temo el no de su boca.

María. Tambien ese temor es accion loca.

Sale Artemio Barba.

Artem. Sobrina, qué es aquesto?

so-

sola con Alexandro en este puesto
estás de esta manera?
Mar. A tu pregunta responder quisiera;
mas si el verme te ofende,
Alexandro dirá lo que pretende. *Vase.*
Art. Qué es aquesto, Alexandro?
Alex. Ya sabes, que soy hijo de Tebandro.
Art. Ya lo sé, y sé quien eres.
Alex. Pues de hallarme aquí no es bien te
Art. Tu nobleza á qué aspira? (alteres.
dime la causa. *Alex.* No diré mentira.
Ya sabes, que fué Tebandro,
de quien yo soy rama y tronco,
tan conocido en la Escitia,
como Jason lo fué en Colcos.
De lo ilustre de su sangre
no hago mencion, pues tú propio
sabes mejor lo que digo,
que yo que estos ecos formo.
La abundancia de su hacienda
no quiero contar tampoco;
porque será perder tiempo,
diciendo lo que es notorio.
No quiero de mi linage
con figuras y con tropos
pintar la nobleza suya,
que ántes será hacerla oprobio:
porque la propia alabanza
del que intenta hacer abono
de su sangre, es vituperio
del linage mas famoso.
Solo pretendo decirte,
que el hallarme de este modo
con tu sobrina, fué causa
aquel rapaz, que sin ojos
cazando en Chipre, flechaba,
no el ligero y veloz corzo,
que huyendo de la saeta
cristal busca en los arroyos,
sino las almas, que libres
sabe avasallar brioso.
Y yo, que no soy de bronce,
sino de metal mas bronco,
fuí blanco, en que el Dios alado
tirase magestuoso.
Sentí la flecha amorosa,
que del trato y de los ojos
de tu sobrina María
me tiró; que es poderoso
harpon el que en tiernos años,
sin ser de évano y de oro,
se fabrica en alma jóven
con amorosos retornos.
Nacimos los dos á un tiempo,
y al paso que iba en nosotros
creciendo el cuerpo, crecia
el amor del mismo modo;
que amor, que en niñeces nace,
y crece sin que haya estorbos
de ausencia ó de poco trato,
romperle es dificultoso.
En mí creció de tal suerte,
que ya llegan los pimpollos
á tocar (aunque atrevidos)
al techo del matrimonio.
Verdad es tambien, que nunca
tuve pensamiento aborto
de poca fe y falso trato
contra tu propio decoro;
porque quando mis intentos
quisieran hacer destrozo
en el honor de María,
fuera en defenderse toro,
que en la palestra acosado
divide en menudos trozos,
ya que no al dueño, la capa
que le dexó entre sus hombros.
Herido yo de las puntas
de aqueste flechero heroyco,
que aunque es ciego, como he dicho,
lo sujeta y rinde todo,
para lograr mi esperanza
me hizo amor animoso,
y vine á decirla ahora,
que me saque de este golfo,
de este obscuro laberinto,
de este peligroso escollo,
de este Caribdis confuso,
y de este piélago undoso.
Y para que en tal naufragio
no peligre el barco roto
de mi acosada paciencia,
si merece ser su esposo
un hombre, que desde niño
se está mirando en su rostro,
con las dos letras de un sí
me haga tan venturoso,
que siendo dueño, sea esclavo;
que

que no será el serlo impropio,
quando adoro las Estrellas
de su cristalino globo.
Con un no me ha respondido:
que á no llevar el rebozo
de tu gusto, su respuesta
sin duda me hiciera loco;
pues dice, que si tú gustas,
de su parte no habrá estorbo:
y así, vengo á suplicarte,
pues dixiste quando mozo,
que era accidente la furia,
y que es amor rayo indómito,
que donde hay mas resistencia
hace mayores destrozos;
que consideres mis males,
que atiendas á mis sollozos,
que te muevan mis suspiros,
y entre tierno y amoroso,
ya que incitarte no pueda
de mi nobleza el abono,
de mi progenie la pompa,
de mi linage lo heroyco,
de mi hacienda el mucho fausto,
y de mi renta el tesoro,
que para lo que merece
tu sobrina todo es poco,
el verme amoroso amante,
que es en esta parte el todo,
te incite, te obligue y mueva,
mostrándote generoso
á darme el sí que te pido,
pues en él estriba solo,
entre mis congojas grandes,
la gloria de ser dichoso. (pleo

Art. Noble Alexandro, tu amoroso emle tengo por grangeo,
que aunque de mi sobrina
es la hermosura rara y peregrina,
cuyo rostro perfecto y acabado
sirve de espejo al campo matizado,
y entre linages buenos,
es el suyo no el ménos:
del tuyo la nobleza
puede honrar una Alteza, (asombre,
pues solo el Sol, para que el mundo
es digno Coronista de su nombre.
De mi parte, Alexandro, tienes
el sí que me previenes;
pero Abrahan mi hermano,
tan bizarro y galan como lozano,
porque de este suceso no se ofenda,
es menester, que nuestro intento entienda;
y sin duda ninguna
tendrás buena fortuna,
pues hoy tambien se casa,
y da lustre á su casa,
quando este casamiento se concluya,
juntando mi nobleza con la tuya.
La dicha de los dos será colmada,
mirándola casada,
y mas siendo contigo:
ven al punto si quieres ser testigo
del gusto que recibe con la nueva,
y adonde podrás ver, que á quien la lleva
prometeré en albricias
lo mismo que codicias.
Vamos al punto, vamos,
que si mucho tardamos,
aunque despues pretenda hacer descargo,
de dilatarle el gusto me hará cargo.

Sale Lucrecia alborotada.

Luc. Artemio noble, de mi esposo hermano,
si acaso el parentesco en algo tienes,
aunque el tiempo te tiene viejo y cano,
sembrando plata en tus heroycas sienes,
al ocio que en ti habita da de mano,
y á mi llãto es razon que el curso enfrenes:
á reverdecer vuelve el jóven brio,
si es bastante á moverte el llanto mio.
Infeliz fué mi estrella, pues ahora,
quando pensé gozar el mayor gusto,
al esmaltar los campos el Aurora,
en lamento se trueca y en disgusto:
mira si con razon el alma llora,
mira si es bien me turbe aqueste susto,
y mira como puedo estar sin queja,
si al umbral de mi dicha el bien me dexa.
Todo estaba, qual sabes, prevenido,
para que hoy nuestra boda se acabase,
y sin darle ocasion á mi querido,
para que de mí triste se enfadase,
al despertar el Alba, sin ruido,
porque nadie su intento le estorbase,
por no cumplir el sí que me habia dado,
sin casarme, viuda me ha dexado.
Su criado me dice, que va al monte
con ánimo de estarse retirado,

y ántes que mas se aleje y se remonte,
si mis congojas pueden dar cuidado,
á que dexes ligero este Orizonte,
ya que hacerlo no quieras por cuñado,
por ser muger siquiera y sin reposo,
te pido que busquemos á mi esposo.
Muévante de mis ojos los raudales,
oblíguente las ansias con que vengo,
lastímente mis penas y mis males,
tu pecho incite la razon que tengo;
y si acaso no bastan los cristales,
que á derramar llorando me prevengo,
enternézcate ver, que en esta calma
se fué tu hermano, y que me lleva el alma.
Art. Oye, hermosa Lucrecia, que ya sigo
el curso de tus pasos amorosos:
vamos tras ellos, Alexandro amigo,
que no es bien, que se muestren perezosos
los mios en tal caso. *Alex.* Si te obligo
con mostrarse los mios cuidadosos,
verás que no son tardos en buscarle,
pues estriba mi dicha en alcázarle. *Vanse.*
Salen Leonato y Mardonio.
Mard. Poco sosiegas en casa,
aunque no estás descansado.
Leon. Mal puede estar sosegado
un corazon que se abrasa.
Seis meses he estado ausente,
sabe Dios lo que he sentido;
y así, ahora que he venido,
templar quiero el accidente:
porque es el mal de la ausencia
mas terrible, que el de zelos.
Mard. Nunca supe tus desvelos;
mas concédeme licencia
de que pueda preguntarte
quién te causa tal dolor.
Leon. Mardonio amigo, mi amor
(no tiene esto de espantarte)
á Lucrecia dediqué,
y ha sido con tal pasion,
que alma, vida y corazon
en un punto la entregué.
Y quiérola de tal suerte,
y con pasion tan crecida,
que el verla me da la vida,
y el no verla me da muerte.
Mard. Aunque serán malas nuevas,
volverte á casa podrás,
que á Lucrecia no verás.
Leon. Por qué?
Mard. Porque no está en Tébas.
Leon. Qué dices?
Mard. Lo que has oido.
Leon. Dónde está?
Mard. En Alexandría,
con gusto y con alegría
se ha casado. *Leon.* Sin sentido
estas nuevas me han dexado:
es burla? *Mard.* Verdad te trato.
Leon. Es posible? *Mard.* Sí, Leonato.
Leon. Pues Lucrecia se ha casado,
y yo no la merecí,
muera yo, que no es razon
vivir, pues la posesion
que esperé tener perdí.
Y entre tan grave dolor
de tan terribles enojos,
salga el alma por los ojos,
máteme mi grande amor;
que mas lisonja será,
y tormento ménos grave,
que amor de una vez me acabe,
que no imaginar, que está
en los brazos de otro dueño
de mil requiebros gozando,
y yo muriendo y penando,
sin que me repose el sueño;
porque estará la memoria
hecha verdugo cruel,
apretándome el cordel
de mi pena y de su gloria.
Mard. Casi he llegado á pensar,
que Lucrecia ingrata ha sido,
y que no ha correspondido
á tan verdadero amar:
porque habiéndola gozado,
ingratitud viene á ser
olvidar una muger
lo que ha sido su cuidado.
Mas tambien vengo á sacar,
quando estás tan sin reposo,
que el agraviado es su esposo,
y que es quien se ha de quejar.
De ti no, porque en efeto,
quando tal gloria tuviste,
su decoro no ofendiste,
ni le perdiste el respeto.

De ella sí, porque ella fué
la que le ofendió en rigor,
pues fingió estar sin amor,
y estaba en otro su fe.

Leon. No trates de esa manera
su honestidad recatada,
que siempre fué mas honrada
de aquello que yo quisiera.
Mas entre tantos rigores
con que siempre me trataba,
tener con todo esperaba
el premio de mis amores.
Pero ya casada ahora,
muerta queda mi esperanza;
y así, en tal desconfianza
el alma suspira y llora.

Mard. Mas con todo, dónde vas?

Leon. Quiero, Mardonio, partir
á Alexandría á morir.

Mard. Tente, aguarda: loco estás.

Leon. No es mucho que loco esté,
quando permite el amor,
que me trate con rigor
una muger que adoré. *Vase.*

Sale Abrahan de Ermitaño.

Abrah. Qué dichoso á ser viene aquel q̃ hu-
del babel tumultuoso de la gente, (ye
donde en la soledad está patente
lo que confunde al alma y la destruye!
Aquí el Leon rugiente sí que arguye,
para quien no le entiende agudamente;
mas como siempre arguye falsamente,
con pocos entimemas se concluye.
Retiréme del mundo y su locura,
q̃ aunq̃ es cosa muy santa el matrimonio,
de Lucrecia temí la hermosura:
y el desierto me da por testimonio,
que huir la ocasion es piedra dura,
para quebrar los ojos al Demonio.

Salen María, Alexandro y Artemio.

Artem. Suceso infeliz ha sido
el de Abrahan y Lucrecia,
pues sin ocasion precisa
el uno de otro se ausentan.
El se pierde por dexarla,
por tenerle se pierde ella;
y entre tantas confusiones,
no hay quien de ninguno sepa.
Ya que Abrahan se ha ocultado,
á Lucrecia hallar quisiera,
que como corcilla herida
se ha perdido entre las breñas.

Alex. Todo ha sido por mi daño,
que mi poca suerte ordena,
por no darme gusto en nada,
que el mal de todos padezca.

María. Dale voces á mi tio,
que puede ser que te entienda
y te responda. *Artem.* Bien dices,
quiero hacer lo que me ordenas:
Abrahan, querido hermano,
escucha mis voces tiernas,
y respóndeme: Abrahan. (dras,

Al paño Abr. Entre estas cóncavas pie-
de mi propio nombre escucho
los ecos: no sé quien pueda
formarlos entre estos riscos,
y en esta inculta maleza;
si no es que acaso á Pantoja,
que fué á buscar unas yerbas,
algo le haya sucedido.

Artem. Abrahan.

Abrah. Quién me vocea? *Sale.*

Artem. Yo soy, hermano querido,
quien te llama, y quien te ruega,
que dexes designios tales:
considera que á Lucrecia
haces agravio en dexarla.
Abrahan, qué has visto en ella
para dexarla burlada?
es liviana? es deshonesta?
es de linage villano?
No ordenaste, que de Tébas
la traxesen para ser
tu esposa? cómo te ausentas
de sus ojos? cómo ahora
en tal confusion la dexas?
No echas de ver, que la agravias?
no adviertes, que haces ofensa
á su linage? no miras,
que das ocasion, que entiendan
los nobles de Alexandría,
que has visto alguna flaqueza
en su opinion? Vuelve, vuelve
tus pasos atras, recuerda
del letargo que te oprime,
de la pasion que te ciega,
del furor que te combate,

de la intencion que te lleva.
No permitas, que tu esposa
por dexarla tú se pierda;
considera, que su honra
corre, Abrahan, por tu cuenta,
y que á ti mismo te agravias
dexándola así: no seas
ocasion de ser su ruina,
pues como acosada cierva,
sin reparar ser muger,
sin mirar sus pocas fuerzas,
y olvidando sus regalos,
quando derramaba perlas
el Alba, bordando montes
con jazmines y violetas,
ella derramando aljófar,
desperdiciando azucenas,
destroncando maravillas,
y lastimando la esfera
con suspiros, sola y triste
se partió de mi presencia
á buscarte: y aunque luego
partí corriendo tras ella,
no ha sido posible hallarla,
ni habemos visto quien sepa
decirnos de su persona.
Ea, Abrahan, no seas fiera,
vamos á buscarla todos,
sus lágrimas te enternezcan
y las mias, que á mis ojos
obligan á que las viertan.
A esto ha sido mi venida;
vamos ántes que en la selva
se embosque y no la hallemos,
adonde de su belleza
se marchite la hermosura,
y se eclipsen las estrellas.
Y porque despues de hallarla,
para que mas gusto tengas,
entregues á tu sobrina
á Alexandro, cuyas prendas
no ignoras, pues te es notorio,
que ella gane en que él la quiera.
Precision haz de los ruegos,
que es razon, que se me atreva;
pues Lucrecia, como vés,
está sola en tierra agena.
Rompe tantas suspensiones,
desata el nudo á la lengua,
pues que no permite espacio
ocasion de tanta priesa.
Abrah. A los cargos que me has hecho,
dar satisfaccion es fuerza,
que aunque será brevemente,
oye, Artemio, la respuesta.
De Lucrecia no me ausento,
por decir, que es desenvuelta,
no por liviandades suyas,
ni porque haya hecho ofensa
á mi honor ni á su recato,
sino porque su belleza
me hizo temer, escuchando
de Pablo aquella sentencia
(digna del ingenio suyo)
que dice, que quien se entrega
á los brazos de la esposa,
las hebras de sus madexas
sirven de cadenas fuertes,
en que si una vez se enreda
con las dos letras de un sí,
es imposible romperlas,
hasta que llega la muerte
con la guadaña y la siega,
dividiendo el uno de otro;
y es tan inmensa la fuerza
del amor del matrimonio,
y del cuidar de la hacienda,
del sustento de los hijos,
y de otras cosas que vedan
el acordarse de Dios
á veces: esta es mi tema,
por esto al desierto vengo,
por esto dexo á Lucrecia,
por esto visto este saco;
que mas quiero en la aspereza
vivir en trabajos muchos,
esperando que en la excelsa
cumbre del monte de Oreb
el premio de gloria tenga,
que gozar en la otra vida
por un gusto mil miserias.
En lo que toca á casarse
María, sea norabuena,
contradecirlo no quiero
ni aprobarlo, ella lo vea:
En eso haga su gusto;
pero repare y advierta,
que hay terribles ocasiones,

en que padece tormenta
el alma, y se vé acosada
la nave de la paciencia.
Aquesto solo me obliga
á poner en medio tierra,
y á la soledad venirme,
donde el alma se recrea.
Si algun bien quieres hacerme,
hermano, busca á Lucrecia,
y dila, que su hermosura
me da miedo, que no sienta
el dexarla de esta suerte,
porque me anima y esfuerza
el servir á Dios, y temo
despues de aquesta carrera,
tener por ligeras glorias
siglos de penas eternas. *Vase.*

Artem. Aguárdame, hermano, escucha,
que á resolucion tan buena,
no es razon contradecirla. *Vase.*

María. Alexandro, á Dios te queda,
que ya no quiero casarme,
que han tocado á mis orejas
las razones de mi tio,
y quiero en esta aspereza
servir á Dios, no te canses,
porque ya el alma me llevan
diferentes pensamientos. *Vase.*

Alex. Amor, qué desdicha es esta?
hermosísima María,
de estos montes Primavera,
Abril de estos Orizontes,
oye, escucha, aguarda, espera,
no te vayas; mas ya en valde
el alma se aflige y queja,
que como veloz paloma,
tras Abrahan va ligera.
Mas cómo si soy amante
no la sigo? voy tras ella,
que á pesar de mi fortuna
he de gozar su belleza.

JORNADA SEGUNDA.

Sale Pantoja de Ermitaño con una cesta con pan y yerbas.

Pant. Deo gracias, Padre Abrahan,
ya están cogidas las yerbas,
que son las dulces conservas,
que en este desierto están.
Gastados los dedos tengo
de arar aquestas riberas;
pero ya no hay acederas
en los campos donde vengo.
Penas se vuelven las glorias,
que el desierto nos ha dado,
pues la simiente ha faltado
de acelgas y de achicorias.
Y si va á decir verdad,
tomara yo una pechuga,
mejor que no una lechuga
en esta necesidad.
Mas para mayor congoja,
segun soy de desdichado,
en tan infelice estado
lo vendrá á pagar Pantoja.
Para engañar este pan,
estas yerbas he cogido,
que son el mejor cocido,
que en esta cocina dan.
Miren la miseria suma
de mi dichoso suceso,
pues sirve el troncho de hueso,
y la hoja sirve de pluma.
La carne no hay que buscarla,
porque aquí la mejor polla
viene á ser una cebolla,
y esta és menester hurtarla.
Pues vino, no hay que tratar,
porque aquí sirve de vino
un arroyo cristalino,
que hace á las tripas guerrear.
Pantoja, no hay que quejarte,
come las yerbas y el pan,
porque si viene Abrahan
no te cabrá tanta parte.
Digo que tomo el consejo,
pues es del mal lo menor;
á bien tomara mejor
un trago de vino añejo.
Mas quando no tengo lomo,
suele decir el refran,
si longaniza me dan,
con longaniza el pan como.
Y así habré ahora de hacer,
porque hallo, que es peor
y mas crecido dolor

te-

tener hambre y no comer.

Siéntase Pantoja á comer, y sale Abrahan por un monte, con cabellera larga negra.

Abrah. Las puntas de aquestos riscos,
que sirven de almenas altas,
en que las aves nocturnas
á su Ciador le dan gracias:
Los levantados pimpollos
de las sabinas copadas,
en que del rigor del tiempo
el gilguerillo se escapa:
Las frescas y amenas sombras
de las siempre verdes hayas,
en que del calor del Sol
el pasagero se ampara:
Los tomillos y cantuesos,
entre cuyas secas ramas
el conejuelo se abriga
contra la nieve y la escarcha:
La tórtola, que se arrulla,
y con sus lamentos canta
lo dulce de sus amores,
que la entretiene y regala:
El ruiseñor vocinglero,
que quando despierta el alba,
dice al mundo su venida
con mil pasos de garganta:
El plateado pececillo,
que en las fugitivas aguas
forma alegre escaramuza,
siendo de viento sus alas;
están enseñando al hombre,
que naturaleza humana,
solo para su sustento
fabricó cosas tan varias.
Y á mí entre aquestos peñascos,
el ruiseñor, la calandria,
el gilguerillo, el conejo,
y el pez en campo de plata,
me enseñan á darle gracias
al que hizo la esfera tachonada,
pues por el hombre solo (Polo.
formó lo que hay de un Polo al otro

Pant. Abrahan viene embebecido,
con la memoria ocupada,
en considerar las peñas,
los álamos y las palmas;
y yo tambien me divierto,
despues de llenar la panza,
séase de lo que fuere,
en qué comeré mañana.
La carne no me da pena,
porque ya están enseñadas
mis tripas á comer verde,
como borrico que sangran
por Mayo, para que engorde,
hartándole de cebada.
Solo siento, que en el campo
se acaben las zarandajas
de la silvestre lechuga,
de la acedera gallarda,
del repóntico sabroso,
y de la achicoria amarga:
porque en efecto estas yerbas,
aunque de poca substancia,
son de Ermitaños hambrientos
el peregil y la salsa...
Y despues de que mi panza
se satisface de estas zarandajas,
por no mostrarme ingrato,
le doy al cuerpo un sueño de barato.

Abrah. Conozco, Señor Divino,
que á mi tosca lengua faltan
Himnos con que engrandeceros,
con que os alabe palabras,
con que os regale ternezas,
con que os enamore gracias,
con que os agrade suspiros,
pero recibid mis ansias:
no desprecieis mis deseos,
que si aquestos tienen paga
en vuestra sacra presencia,
los que están en mis entrañas
son grandes: bien reconozco,
que de mis culpas la carga
muchos infiernos merece,
y es digno de eternas llamas.
Pero no, Señor inmenso,
que bien sé, que á quien os llama,
aunque mas pecador sea,
no le negais vuestra gracia.
Y así, Pastor soberano,
haced de vuestra manada
este humilde esclavo vuestro,
y admitid en vuestra casa
á mi sobrina María,
y libradla de las garras

del

del lobo, que ya furioso
pretende despedazarla.
A su Celda llegar quiero,
y ver en qué está ocupada:
Pantoja, qué estás haciendo?
Pant. Descubrióse la maraña. *ap.*
Abrah. No me respondes, Pantoja?
qué haces? *Pant.* Padre, esperaba
algun socorro del Cielo.
Abrah. Y las yerbas?
Pant. No hay hallarlas,
aunque por dos achicorias
se dé un ojo de la cara.
Abrah. Estos tronchos de qué son?
Pant. Cogí tres ó quatro matas,
parecióme no ser buenas,
y por ver si eran amargas
las probé, y como eran pocas,
el gusto no las hallaba,
y al fin me las comí todas.
Abrah. Ya conozco tus entrañas,
Pantoja. *Pant.* Padre Abrahan.
Abrah. Tus intentos se declaran:
ya sé que siempre procuras,
que se remedie tu falta,
y que perezcan los otros.
Pant. No se espante, que mis ganas,
aunque son pocas, son buenas,
y como mas cerca se halla
la camisa, que no el sayo::-
Abrah. Bueno está, Pantoja, basta,
la caridad se conoce.
Pant. Aunque las uñas gastadas
tengo de cavar la tierra,
me parto luego á buscarlas,
para que comais los dos.
Abrah. Oye, escucha, no te vayas,
sabes qué hace mi sobrina?
Pant. Ella siempre está ocupada
en su Celda ó su retrete,
en contemplaciones santas.
Abrah. Envidiarla puede el mundo.
Pant. Nunca ha visto la Tebayda
en años tan delicados *Suena Música.*
virtud y abstinencia tanta.
Abrah. Parece que está cantando.
Pant. Yo sé bien que no cantara,
si hambre como yo tuviera;
mas dicen, que canta Marta
bien, despues de haber comido.
Abrah. Escuchemos lo que canta.
Dent. cant. Mar. In te, Domine, speravi,
non confundar in æternum.
Pant. Qué quiere decir aquello?
Abrah. Que el que pone su esperanza
en Dios, no será rendido
de los trabucos y balas
del enemigo rugiente,
que para rendir el alma,
debaxo de varias formas
con cautela se disfraza.
Cant. Ma. Bonum est sperare in Domino,
quam sperare in Principibus.
Abrah. Bueno es esperar en Dios,
dice ahora, que se engaña
el que favores espera
de los Reyes y Monarcas.
Que esperanzas de los hombres
son de tan poca importancia,
que el que piensa estar medrado,
mas desmedrado se halla.
Pant. Bueno es eso; pero deme
licencia para que vaya
á buscar algunas yerbas,
para que coma la hermana
María, y todos comamos.
Abrah. En buen hora ve á buscarlas;
pero lo que ahora hiciste,
has de advertir que no hagas
otra vez. *Pant.* Yo le prometo
de no comer una rama,
sino es que acaso la hambre
me hace quebrar la palabra. *Vase.*
Pónese Abrahan en oracion, y sale el Demonio de pasagero.
Dem. Entre las grutas de estas altas peñas
guerra me hace el cristalino Cielo,
adonde es palestra opacas breñas,
y adonde yo con ansia y con desvelo
de mi pesar intento hacer reseñas:
si bien no me asegura mi rezelo,
que vencedor saldré de esta batalla;
pero con todo no quiero presentalla.
Aquí quiero fingir, que derrotado
del tropel de mi gente me he perdido,
y q̃ en todo este monte no he hallado
quien pueda consolar un afligido;
que con esta cautela que he pensado,

y con este disfraz de mi vestido,
para dar mayor lustre á aquesta historia,
de aquestos dos vendré á tener victoria.

Abrah. Dulce Jesus, q̃ en un madero (infame
hasta que tú le diste honor y precio)
tu sangre permitiste se derrame
con algazara, grita y menosprecio,
donde estás aguardando, que te llame
el que te ofende Masageta necio,
recibe, gran Señor, del alma mia
los Himnos y alabanzas que te envia.

Dem. Ahora que con Dios está embebido,
porque de su coloquio se divierta,
quiero dar voces y hacer algun ruido;
quede frustrada su esperanza cierta
de aquello, que su intento ha pretendido:
ciérrese con mi traza aquesta puerta,
que si se cierra y abro otro portillo,
á mi poder se rendirá el castillo.
Hay por ventura entre esta inculta breña
quien movido de lástima me enseñe,
sacándome de un risco y otra peña,
el camino, que obliga me despeñe?
Ola, Pastores, dadme alguna seña,
vuestra noble piedad no se desdeñe
de poner en camino conocido
al que por no saberle le ha perdido.

Abrah. Voces oigo, sin duda son de gente,
que por las sendas de esta inculta sierra
ha perdido el camino diligente,
que como no se habita aquesta tierra,
y su cumbre es altiva y eminente,
al diestro pasagero le hace guerra;
y pues es caridad, quiero piadoso
sacarle de este trâce riguroso. *Levántase.*
Quién es el q̃ vocea? *Dem.* En este monte
he perdido el camino, que siguiendo
una muger, que imita otro Faetonte,
viene buscando á un hombre, q̃ va huyẽdo
los rayos de su sol, que Laomedonte
quise ser de su honor, y ahora emprendo
buscar por vario modo y peregrino
á la muger perdida y el camino:
y ántes que me le enseñes::-

Abrah Qué preguntas?

Dem. Que me digas, si acaso entre estas bre- (ñas,
y entre estos riscos de cerúleas puntas,
una muger has visto, cuyas señas,
la belleza del alma tiene juntas,
quando derrama aljófar entre peñas,
y es tanta su belleza y su hermosura,
que es el Alba con ella noche obscura.

Abr. Despues q̃ entre estos riscos y peñascos
hice palacio de sus pobres grutas,
y bóvedas cimbríadas de sus cascos,
comiendo alegres sus silvestres frutas,
sin que las sabandijas me den ascos,
ni alteracion me causen fieras brutas,
en el valle apacible ni entre peñas
nunca he visto muger con esas señas.
Pero qué te ha movido y obligado
á venir á buscarla de esa suerte,
y dexando el bullicio y despoblado,
ponerte á riesgo de una fiera muerte?

Dem. Ya q̃ la causa de esto has preguntado,
y el referirla tengo á buena suerte,
dame para contarla atento oido,
y sabrás la ocasion que me ha movido.
Yo soy, para no cansarte,
del Señor mas poderoso,
que entre brillantes doseles
tiene levantado solio,
hechura, y en tanto grado
me aventajo de los otros
privados suyos, que siendo
Príncipe magestuoso
en lo galan y arrogante,
en lo bizarro y ayroso,
solo me faltaba entónces
sentarme en su Regio Trono.
Y aunque viéndome en la cumbre
de la privanza, el abono
de mi grandeza pudiera
con aliento generoso
levantarme á su Real Silla,
sin que me hicieran estorbo
los Soldados, que á su guardia
asisten en varios Coros;
no lo pretendí, hasta tanto,
que un secreto misterioso
me reveló, siendo el caso
tan ageno y tan remoto
de su grandeza, que quiso
por extraordinario modo,
levantar un hombre humilde,
siendo formado del polvo
de la tierra, á ser su imágen,
y ponerle en tanto toldo,

que

que, á pesar de los mas nobles,
fuese superior á todos.
Mas ya que de mi progenie
era supremo pimpollo,
y estaba patente y claro
el agravio de mi tronco;
porque no tuviese efecto
lo que intentaba, convoco
los que de mi parte pude,
tocando el clarin sonoro
de este agravio y de esta ofensa;
y como si fuera aborto
rayo de preñada nube,
que (quando el Austro y el Noto
en su esfera se combaten)
despide entre truenos sordos
centellas, que abrasan montes,
rayos que desgajan olmos,
y relámpagos, que privan
de su potencia á los ojos.
Entre envidioso y soberbio,
sino es que lo tuve todo,
quise sentarme á su lado,
y vine á verme en tal tono,
que lo hiciera, si un Alferez
(no hay que negarlo) brioso,
mas que ninguno de aquellos
que asisten en su contorno,
no me quitara la silla,
en que pretendí hombro á hombro
sentarme al lado del Rey.
Pero no has visto un arroyo,
que entre junquillos y trebol
va caminando á lo sordo,
y despues en un peñasco
topa, cuyo pie es tan hondo,
que para haber de pasarle,
es menester que furioso,
porque halla resistencia,
se despeñe como loco,
y el que era cristal entero,
se convierta en avalorio?
Así yo, que ántes corria
manso, apacible y sonoro
con aquesta resistencia,
aunque era jóven, que el bozo
me apuntaba entónces, di
tal caida, que mi rostro
quedó feo y denegrido,
con ser cándido y hermoso.
Quitóme la silla en fin
el que digo, y con enojo
á mis intentos se opuso,
siendo suficiente él solo
para resistirme á mí,
y á los que fueron notorios
sequaces mios: y el Rey
mandó, que en un calabozo
me aprisionasen, despues
que el delito criminoso
se fulminó, decretando,
que en privacion de su rostro
me condena para siempre;
y con rigoroso modo
desterrado de su Reyno
me partí á Reynos remotos.
Llegué desterrado al fin
al Reyno de Monicongo,
adonde me recibieron
con rosas y cinamomos.
Desde allí pasé á Cambaya,
á la tierra de Geilolo,
á Narsinga y Gazarate,
donde me ofrecieron oro,
perlas, diamantes, jacintos,
cornerinas y crisólitos;
y anduve tantas Provincias,
que los mas diestros Cosmógrafos
se cansaran de contarte
las columnas, los cimborios,
los obeliscos, las torres,
los arcos y mausoleos,
que en mi nombre levantaron;
mas porque no es á propósito
el contarte aquestas cosas,
quiero en términos mas cortos
decir, que llegué á Tébas,
adonde miré unos ojos
de la mas rara hermosura,
que se halla de Polo a Polo.
Y como el vendado Dios
no respeta Regios Tronos
mas que las chozas pagizas,
sino que los trata á todos
de una misma suerte; á mí,
sin tirar balas de plomo,
me rindió de tal manera,
que quedé perdido y loco.

Enamoréme en efecto,
y quando estaba en el golfo
de mi pretension mayor,
pensando ser el dichoso,
que sus ojos mereciese,
la boda se hizo con otro:
fuése de Tébas, y yo
enamorado y zeloso
partí tras ella; mas quando
llegué á ver los promontorios
de la ilustre Alexandría,
que de esta tierra era el novio
supe, que ya no gustaba
sujetarse al matrimonio,
y retirándose al monte,
con infamia y con oprobio
de su linage, dexó
los mas que brillantes globos
de azavache, con su ausencia,
entre sirtes y entre escollos
de murmuradoras lenguas,
con capuces meloncólicos.
Y como el Aurora entónces
queria esparcir el oro,
los aljófares y perlas
de sus opímos tesoros,
cobarde detuvo el paso,
por ver que en montes y sotos,
la novia ayrosa y bizarra,
perlas llevaba en sus ojos,
oro en su terso cabello,
rayos de luz en su rostro,
en sus pies alas veloces,
en su movimiento asombros,
en sus labios tristes quejas,
y en sus acciones abono,
porque con esta presteza
iba á buscar á su esposo.
Y yo que supe el suceso,
como fugitivo corzo,
que herido de la saeta
del cazador cauteloso,
por buscar el cristal puro
con grita y con alboroto,
ya trepa por altos riscos,
ya desgaja frescos chopos,
ya deshace verdes flores,
y ya destronca madroños,
vengo sin alma y sin vida,
á ver si acaso en los hondos
nichos de estas pardas peñas
hallo, siendo venturoso,
el Sol de estos Orizontes,
de estos montes el Apolo,
el Aurora de estos valles,
y el Alba de aquestos sotos.

Abrah. La relacion de esta historia *ap.*
me ha dexado tan absorto,
que me ha sacado de mí;
porque si bien la conozco,
es de mi vida el suceso,
de Lucrecia los oprobios,
de mi amor la ingratitud:
pero qué es aquesto? cómo
doy lugar al pensamiento,
que en sucesos amorosos
se ocupe? Tirad la rienda,
razon superior: corcobos
no dé el caballo apetito,
que si camina brioso,
dará con la carga en tierra.

Dem. En confusiones le pongo, *ap.*
y aquesto solo pretendo.

Abra. No hay que hacerse licencioso, *ap.*
que si se toma licencia,
es tan carnicero lobo,
que sin reparar en nada,
da con el alma en el lodo.
Vamos, caballo, á la cueva,
que allí de vuestros antojos
ha de ser la disciplina
el Médico poderoso. *Hace que se va.*

Dem. Dónde vas sin responderme?

Abrah. Con no responder respondo,
que aquesa muger no he visto.

Dem. Pues por qué te vas?

Abrah. Conozco
en la relacion que has hecho,
y en el embuste notorio,
que eres aquel enemigo,
que procura el mal de todos;
y conversaciones tales,
son tratos muy peligrosos,
y me está bien no hablar de eso.

Den. Lucrec. Favor, Cielos!

Dem. Voces oigo,
y en la voz muger parece.

Lucrec. Deten el colmillo corvo,

monstruo fiero. *Dem.* Esta es Lucrecia;
sin duda, aquí le provoco *ap.*
á que dexe los peñascos,
y otra vez se vuelva al golfo
del mar en que ha de perderse,
con amores y negocios.
Abrah. Terrible ocasion es esta:
yo me voy. *Dem.* Aguarda un poco.
Lucrec. Favor me dad, Cielo santo,
pues me le niega mi esposo.
Baxa Lucrecia por un monte despeñada, ensangrentado el rostro, y cae á los pies de Abrahan como muerta.
Abrah. Qué es esto, divinos Cielos?
Dem. Funesto caso! *Abrah.* Espantoso.
Dem. Infelice fué mi estrella,
pues se ha vuelto en clavel roxo,
y en lirio morado y triste
el cándido cinamomo
de la beldad que buscaba.
Parte corriendo á un arroyo,
y del cristal fugitivo
trae en tus búcaros toscos
alguna parte con prisa,
á ver si de aqueste asombro
vuelve en sí; pero no vayas,
aguarda, sustenta un poco
este pedazo de nieve,
que yo iré mas presuroso,
que al fin como mas me importa,
iré como herido corzo. *Vase.*
Tiénela Abrahan en los brazos.
Abrah. Esta que tengo en mis brazos
es Lucrecia (triste suerte!)
y vengo á ofrecerla en muerte
los que en vida negué abrazos.
En su muerte soy culpado,
que si yo no la dexara,
nunca la fortuna avara
la pusiera en tal estado.
Sin duda no estuve en mí,
pues debiendo venerarla,
muger no supe estimarla,
y quando cadáver sí.
Conozca que ingrato he sido,
mas no es mucho que lo fuese,
temiendo que me impidiese
el cuidado de marido.
Subiré á los altos montes
de la Ciudad soberana,
adonde la vista humana
mira sacros Orizontes,
contemplando el hacedor
de aquesta máquina bella;
mas no estimar esta estrella,
fué desprecio y fué rigor.
Dexarla aquí no es cordura,
ántes viene á ser crueldad,
y es género de impiedad
el no darla sepultura.
Pues qué he de hacer? animarme,
y ya que no soy su esposo,
Tobías seré piadoso.
El cadáver quiero echarme
á cuestas, que esta ocasion
no es ocasion de temer,
pues ya ha trocado su ser
en Angel de otra region.
A llanto provoca el verte;
pero el llanto no me impida,
que si fuí Vireno en vida,
soy Eneas en la muerte.
Lucrec. Ay de mí! *Vuelve en sí.*
Abrah. Ya vuelve en sí.
Esta es mayor confusion,
que aprieta mas la ocasion,
que si muerta la temí,
viviendo es mas de temer,
que es cosa dificultosa
pelear con muger hermosa,
y no dexarse vencer.
Y ya parece que el alma
siente no sé qué de amor:
tente, apetito traidor,
no pretendas llevar palma
de mí, que si me combates
con tus piezas de batir,
para vencerte, el huir
son seguros acicates. *Hace que se va.*
Lucrec. Quién eres tú, que entre piedras
adornadas de rigor
me has hecho aqueste favor,
donde tus brazos de yedras
han servido? No te ausentes,
y ya que has sido piadoso,
no te muestres riguroso,
dexándome entre serpientes,
entre tigres y panteras,

ca-

cuya espada de marfil
marchitará de mi Abril
las floridas Primaveras.
Considera, que tu trage
publicando está piedad;
no conviertas en crueldad
lo piadoso del ropage.
Merezca yo por muger,
sola, triste y afligida,
de este monte la salida,
fácil es esto de hacer.
Y pues sabes el camino,
ponme en él, que es escabroso
el monte, y busco á mi esposo,
que anda por él peregrino;
que si le hallo, aunque es ingrato
conmigo, seré su amigo.
Abrah. Temo perderme contigo.
Lucrec. Por qué temes?
Abrah. Porque el trato
de una muger suele hacer,
que se destruyan Ciudades,
y temo en las soledades
lo que puede suceder.
Yo soy hombre, tú eres bella
(lo que digo no te asombre)
y en la ocasion el mas hombre
no sabe escaparse de ella.
Y así, encomiéndate á Dios,
que yo no me fio de mí,
porque si una vez huí,
no estoy cierto á hacerlo dos.
Lucrec. De quién una vez huiste?
Abrah. De mi esposa.
Lucrec. De tu esposa?
Abrah. Sí. *Lucrec.* Por qué?
Abrah. Porque era hermosa.
Lucrec. Por hermosa le temiste?
Abrah. Sí, que una rara hermosura
hace de Dios olvidarse,
y es mejor aprisionarse,
que verse en tal desventura.
Lucrec. Pues si estabas ya casado,
cómo pudiste dexarla?
Abrah. La palabra llegué á darla,
pero no fué consumado
el matrimonio; y así,
fué mi sagrado el retiro.
Lucrec. De tus razones me admiro.
Abrah. Y yo de mirarte á ti.
Luc Quién eres? *Abrah.* Saber no quieras
en esta ocasion quien soy;
pero un consejo te doy,
y es, que en estas cordilleras
ni en este monte fragoso
no gastes noches y dias,
porque entre estas piedras frias
no hallarás á tu esposo:
y aunque le halles, será en vano
el camino que has traido;
y así, busca otro marido,
que te dé palabra y mano:
que el que una vez te dexó,
no te admitirá otra vez,
porque el Soberano Juez
este pleyto fulminó:
y así, ha dado por sentencia,
que á cumplir no está obligado
la palabra que te ha dado.
Lucrec. Conócesle?
Abrah. En tu presencia
le tienes. *Lucrec.* Dueño y señor?
Va á abrazarle.
Abrah. Deten los brazos, Lucrecia.
Lucrec. Por qué tu rigor desprecia
la firmeza de mi amor?
Abrah. No es despreciarla.
Lucrec. Pues qué?
Abrah. Temores de ser vencido;
y así, Lucrecia, te pido::-
Lucrec. No pidas, que no lo haré,
como no sea asistir
á tu lado. *Abrah.* Aqueso no.
Lucrec. Señor, en qué te ofendió
la que te desea servir,
la que te estima y adora,
y quien por buscarte á ti
se ha enagenado de sí? *Llora.*
Abrah. Reprime el llanto, señora,
no derrames tantas perlas
de las conchas de tus ojos,
sino quieres darme enojos,
que si me humano á cogerlas,
aquel Dios, que pintan ciego,
tiene tan grande poder,
que con cristal sabe hacer
terribles montes de fuego.
Y por no quemarme en ellos,

tus perlas coger no quiero,
por no verme prisionero
en tus perlas y cabellos:
que llanto y cabellos son
en los que se quieren bien
(no condenes mi desden)
estrechísima prision.
Y ya que libre me veo
por un soberano instinto,
volver á tal laberinto
no lo pongo por grangeo.
Y así, vuelvete, Lucrecia,
á Tébas ó á Alexandría,
pues vés, que mi compañía
por la de Dios te desprecia.
Y pues escuchando estás,
que es forzoso el ausentarme,
no te canses en buscarme,
porque ya no me hallarás. *Vase.*

Lucrec. Aguarda, amado esposo,
no te ausentes ingrato y riguroso,
merezcan mis amores,
por ser muger, siquiera tus favores:
mas ay de mí! que vuela,
y por dexarme (ay triste!) se desvela.
Peñascos y altos riscos,
servid de basiliscos,
detened á mi dueño, (empeño.
pues veis me dexa (ay Dios!) en tanto
Serranos, labradores,
acudid á mis quejas y dolores,
mirad, que en tantos males
se conviertcn mis ojos en cristales.
Mas cómo, si amor tengo,
en suspiros y quejas me detengo?
que si el alma se queja,
la causa de quejarse mas se aleja.
Gallardo pensamiento,
que coturnos de viento
te calzas y te vistes,
no te detengas en discursos tristes;
volemos tras mi esposo,
que se trasmonta ingrato y presuroso,
que amor para seguirte
alas me presta ya de sirte en sirte:
y quando el duro trance
no me permita (ay triste!) q̃ le alcance,
en mi corta ventura
me dará aqueste monte sepultura. *Vas.*

Sale María vestida de sayo con un libro.

María. Tres veces á bañarse
en el piélago undoso
ha llevado el Planeta sus caballos,
y ahora á trasmontarse
vuelve tan presuroso,
que parece que quiere despeñallos.
Y si yo refrenallos
con mandarlos pudiera,
con imperio lo hiciera;
porque Abrahan mi tio
ha mostrado en no verme gran desvío;
pues tres dias ha estado
sin que á darme leccion haya llegado.
Mas culparle no quiero,
que pues él no ha venido,
sin duda le ocupan importantes
negocios: ya infiero,
que le habrán detenido
algunos pasageros caminantes;
pero quisiera, ántes
que el Sol se trasmontara,
que á mi cueva llegara: *Dent. ruido.*
mas aqueste ruido,
sin duda me dice que ha venido.

Dent. Dem. Entra, y no estés cobarde,
y del fuego en que penas haz alarde.

Sale Alexandro por una ventana.

María. Qué es esto que estoy mirando?
hombre, qué has hecho? *Alex.* Sosiega
el pecho, señora mia,
serénense las estrellas
de tus ojos, no te turbes,
que no he venido á que viertas
entre deshojadas rosas,
á un tiempo nácar y perlas:
que solo vengo á pedirte,
que tengas de mí clemencia,
que te humanen mis pesares,
que te lastimen mis penas,
que te ablanden mis suspiros,
y mis ansias te enternezcan;
que sino me favoreces
en ocasion tan estrecha,
verás de mi triste vida
á tus plantas las exêquias:
porque ya no puede el alma
ni el cuerpo hacer resistencia
á los bienes que me faltan,

á los males que me cercan,
al rigor que me combate,
ni al furor que me atropella.
Pero en estas ocasiones,
si bien el alma es esfera
breve para tanto sol
como gira en tu belleza,
puedes (reprimiendo harpones,
y resistiendo saetas)
hacer que cesen mis males,
y que en bienes se conviertan.
Y pues mi vida ó mi muerte
está en tu mano, no seas
tan rigurosa, que imites
de aqueste monte á las fieras.
Ten piedad de quien te pide
favor con tantas ternezas,
pues son mis ansias bastantes
para enternecer las piedras.

María. Lo tierno de tus razones
me obliga á que me suspenda,
y á que piadosa pregunte
quién eres, que por las señas
de lo que has dicho, no entiendo
los males que te atormentan,
los rigores que te acosan,
ni el bien que de ti se aleja.

Alex. Ya que del papel del alma
los caractéres y letras
han borrado de Alexandro
el que su aficion primera
puso en tus ojos, si bien
fué su aficion tan honesta,
que á casamiento aspiraba,
sin que pretendiese ofensas
de tu honor, y ya olvidaste
el favor que en tu edad tierna
le hiciste, con esperanzas
de ser su esposa; oye atenta,
oye advertida, y sabrás,
que es Alexandro el que llega
á merecer tus favores,
y á suplicarte, que tengas
tal piedad, que no malogres
tanto amor, tantas finezas
como viven en mi pecho,
pues ha dos años que reynan
(despues que tú te ausentaste)
en el alma tantas penas,
que es milagro que la vida
las atropelle y las venza.
Alexandro soy, María,
y mi amor con tanta fuerza
me combate, que me obliga,
que huyendo de su potencia,
que escale aquesta ventana,
y que ya el respeto pierda
al retiro de estos bosques,
y al sagrado de estas puertas.
Y sus rigores temiendo,
vengo á que tú me defiendas,
y á obligarte á ser piadosa,
para que me favorezcas.

María. Alexandro, yo confieso,
que ántes que habitase breñas,
se apoderaron del alma
y de todas sus potencias
los ardores del amor,
de su fuego las centellas,
de su poder los rigores,
y que me hicieron sujeta
á tu voluntad; mas ya
como es tal la ligereza
del tiempo, y es el que cura
las amorosas dolencias,
del papel de mi memoria
se han borrado, y ya está quieta;
y así te ruego, Alexandro,
que te apartes y diviertas
de ese pensamiento loco;
suplícote, que te vuelvas,
porque la estopa y el fuego,
y mas estando tan cerca,
no están seguros; apaga
lascivas concupiscencias,
reprime incendios de amor,
que son tan grandes sus etnas,
que Ciudades arruinan,
y enteros Reynos asuelan.

Alex. Si de su poder conoces,
que lo mas fuerte atropella,
cómo podré resistirle,
siendo débiles mis fuerzas?
No te muestres rigurosa,
humánete la firmeza
de mi amor, que si con gusto
no haces lo que te ruega
este verdadero amante,

el

el mismo amor me aconseja,
que de su poder me valga,
y que el respeto te pierda.
María. Sé mas cortes, Alexandro.
Alex. No quiere amor que lo sea.
María. Vete, que vendrá mi tio.
Alex. De poco importa que venga.
María. Mira, que Christo es mi Esposo.
Alex. Respeto tener quisiera
á ese nombre, mas no puedo.
María. Ay de mí! que las centellas *ap.*
de amor parece que vuelven
á encender cenizas nuevas
en mi pecho: qué he de hacer?
Al paño Dem. Ya María titubea,
prosigue en lo comenzado.
María. Allí las penas eternas *ap.*
me amenazan rigurosas,
aquí la ocasion me aprieta,
que Alexandro está resuelto,
y yo sola entre estas peñas:
á Dios temo, amor me incita,
no sé á qué parte me vuelva.
Al paño Dem. Ea, espíritus lascivos,
ayudadme en esta empresa.
Alex. Ay de mí! mi bien, María.
María. Qué he de hacer?
Alex. No te suspendas.
María. Cálcense mis pies de plumas.
Hace que se va.
Alex. Adónde vas tan ligera?
María. A ver si puedo librarme
de esta tirana potencia. *Vase.*
Alex. De mi amor y de su furia
no escaparás, aunque vuelvas;
pues de aquesta celda breve
está cerrada la puerta. *Vase.*
Sale el Demonio.
Dem. La suerte está echada: furias,
incitadle de manera,
que ella quede esclava mia,
llorando en cárcel perpetua,
por este pequeño gusto,
ansias, tormentos y penas. *Vase.*
Salen Abrahan y Pantoja.
Pant. Confuso, Padre mio, y asombrado
el caso me ha dexado;
diga con quien reñia
en tal batalla y recia batería;
porque haber despertado
con tanta pesadumbre y asustado,
sin duda que á la cumbre
llegó en tal ocasion la pesadumbre.
Abr. Mire, Hermano Pantoja, los cuidados
en sueños son pesados,
y hay tal vez, que los sueños
parecen tan verdades, que sus dueños
ponen en tal cuidado,
que el cuidado soñado es mas pesado.
Pant. Pues qué soñaba, á fe, por vida mia?
Abrah. Soñaba, que tenia
una mansa ovejuela,
y el lobo con astucia y con cautela
saltó de risco en risco,
hasta hacer un portillo en el aprisco;
y ella, que ya afligida
de la garra feroz se vió oprimida,
como podia volaba;
pero el astuto lobo la apretaba.
Y yo viendo tal caso,
cobrando brio, aligerando el paso,
librarla pretendia
de trance tan cruel, mas no podia;
y al fin, el fiero lobo
en mi mansa ovejuela hizo el robo.
Esta la causa ha sido
del asombro que en sueños he tenido:
yo le digo y confieso,
que me dió pesadumbre este suceso;
mas heme consolado
viendo que todo aquesto fué soñado.
Pant. Si nunca come cosa de provecho,
no ha de tener el pecho
vestido de flaqueza,
y es fuerza participe la cabeza
de varias ilusiones?
Las achicorias trueque y acerones
en jamon y gallina,
y verá como duerme, y no adivina.
Abrah. Dexe esos disparates por ahora.
Pant. No vé que el alma llora,
ver que por su flaqueza
ande en tal ventisquera la cabeza,
que le haga creer, que el lobo
en su mansa ovejuela hizo robo?
Abrah. Vamos, Hermano.
Pant. Dónde, Padre mio?
Abr. Donde la carne pierda un poco el brio,
que

que está muy licenciosa.

Pant. Pues no hallo yo briosa
la mia á fe de pobre. *Abr.* Yo le digo,
que por hablar le tienta el enemigo;
y así, es bien que tomemos
algo con que la carne refrenemos.

Pant. Yo en tomar fuera franco,
si los ramales fueran tinto y blanco.

Vanse, y sale el Demonio.

Dem. Victoria, infierno, ya cayó en el lazo
la que guerra me hacia entre estas peñas;
ya se rindió á Alexandro; ya amorosa
le recibió en sus brazos: ya no quiere,
que la dexe, y se vaya; ya le incita,
que la saque del monte, y él cobarde,
casi está arrepentido, mas ya es tarde.
Ya se ausenta y la dexa, y ella triste
detenerle presume: ya ha saltado
por la misma ventana, q̃ habia entrado,
y ella, como se mira desflorada,
lo que mas siente es verse despreciada.
Haga el infierno fiesta y regocijo,
resuenen los horrendos instrumentos,
celebre con ahullidos esta historia,
pues de María tengo ya victoria. *Vase.*

Sale María.

María. Ahora que has gozado
el ámbar de mi aliento,
y el que era intacto lirio,
en violeta le has vuelto,
te ausentas de esta suerte
como corzo ligero?
Olimpa soy burlada,
y tú cruel Vireno.
Estas son las finezas?
estos son los requiebros?
pero de qué me espanto?
que eres hombre, y el serlo
á ser ingrato obliga;
porque es en todos ellos
mayorazgo heredado,
vinculado en sus yerros.
Obras me prometias,
ingratitudes veo,
pues todas tus palabras
fueron flor de almendro,
que locas sin dar fruto
las que le prometieron,
dexaron de ser flores
con el rigor del cierzo.
Aguárdame, Alexandro,
corta el ligero vuelo
á las veloces alas,
que te da el pensamiento.
No te ausentes ufano,
quando me das por premio,
del gusto que te he dado,
pesares y tormentos.
Ya voy tras ti, no huyas;
pero en vano voceo,
porque en gozando un hombre
lo que tiene deseo,
las finezas y amores
convierte en menosprecios;
y esto mismo Alexandro,
con esta accion ha hecho.
Qué puedo hacer (ay triste!)
entre tantos desvelos,
mudada de pesares?
porque si miro al Cielo,
hallo, que vibra rayos
contra mí el Juez severo.
El virginal tesoro,
si á mí misma me vuelvo,
veo que le he perdido:
si el infierno contemplo,
hallo, que por un gusto,
me aguarda fuego eterno.
Si miro la ventana
por donde entró el incendio
de esta abrasada Troya,
me aflige el pensamiento.
Y á la memoria triste
la sirve de recuerdo,
de que se fué Alexandro,
de que burlada quedo,
de que á Dios he ofendido,
y de que ya el desierto
no sufrirá, que viva
con tan Santo Maestro,
como Abrahan mi tio,
que si llega á saberlo,
morirá de congoja,
de pena y sentimiento.
Pues qué he de hacer ahora
quando no hallo remedio,
sino chocar con todo,
y saliendo del yermo,

bus-

buscar al que ha causado
tantos desasosiegos ?
Quedad con Dios , peñascos,
y pues veis que me ausento,
le direis á mi tio,
contando mi suceso,
que voy , perdida el alma,
á que se pierda el cuerpo. *Vase.*
Salen Abrah. y Pant. con unas yerbas.
Pant. Estas son , Padre Abrahan,
las yerbas , que en este monte
he cogido : sabe Dios
las penas y los dolores,
que me ha costado el cogerlas;
que como no son garrotes
los dedos sino de carne,
pasa mucho quien las coge.
Abrah. Premio tendrás en el Cielo,
pues tan piadoso socorres
á quien molesta la hambre.
Pant. Padre , porque no se enoje,
las traigo , que á no enojarse,
le aseguro , que hay rincones
bien vacios en mi buche,
y que gruñen como pobres
mis tripas , de ver que yo
ando cogiendo acedones,
y no consiento probarlos.
Abrah. Dios te lo pague : da voces
á mi sobrina María,
que se han pasado tres noches
con sus dias , sin traerla
que coma. *Pant.* Deo gracias, oyes:
no responde. *Abrah.* A llamar vuelve.
Pant. María : si no responde,
comerémonos los dos
las yerbas , que en estos bosques
he cogido para ti.
Abrah. Ya hace que me alborote
tanto silencio : sobrina.
Pant. Sus orejas son de bronce.
Abrah. Si está muerta? *Pant.* Padre mio,
á la ventana se asome,
y sabrá si es muerta ó viva.
Abrah. A la puerta quita el golpe,
de esta confusion salgamos.
Entrase Pantonja, y sale con un saco.
Pant. En todos quatro rincones
de la celda la he buscado.
Abrah. Y no está en ella?
Pant. No hay órden
de veda ; solo este saco
sobre unos troncos de roble
estaba , señal forzosa,
que habita en otras regiones.
Abrah. Pues su cuerpo no parece?
Pant. Ay de mí ! Padre, no llore,
que me obligará su llanto
á que mis mexillas moje.
Abrah. Mi sobrina no parece:
quién duda , que las feroces
garras del astuto lobo,
enemigo de los hombres,
en trozos habrá deshecho
esta corderilla pobre ?
Señor , que en brillante Solio
habitas en Sacros O bes,
en cuyo Trono Querubes
os cantan con dulces voces,
no permitais que María
lo que ha grangeado malogre:
tenedla de vuestra mano,
que si ella no la socorre,
será forzoso que caiga
en abismos que la ahoguen.
Si mis culpas han causado,
que vuestra justicia arroje
contra mí rigores muchos,
en esto es bien me conforme;
pero atajad , Señor mio,
tan insufribles rigores,
y en el alma de María
mancha de culpa no toque,
que será el mayor castigo,
que podrás darme : convoquen
contra mí los elementos
toda su furia , amontonen
rayos , que me despedacen,
centellas , que me destrocen.
Pant. Vuelva en sí, Padre Abrahan,
mire , que esas peticiones
no está bien que se executen,
porque si acaso se ponen
en execucion , á mí,
que vivo en aquestos montes,
me alcanzará algun chispazo,
que me dexe á buenas noches,
y es mejor que en casos tales,
pro-

procuremos dar un corte.
Abrah. Qué remedio hallarse puede?
Pant. Que tomemos dos bordones,
y partamos á buscarla.
Abrah. Pantoja amigo, disponte
á hacer aquese viage,
ve á buscarla, aunque trastornes
todo el mundo, que yo en tanto
pediré con oraciones
á Dios, que en este suceso
haga lo que mas importe.
Pant. Yo voy por darte ese gusto.
Abr. Pártete luego. *Pant.* A Dios, montes,
que sin ser perro de muestra,
voy á buscar quien me informe
de un ave, que de la jaula
se salió sin capirote.

JORNADA TERCERA.

Salen Mardonio y Alexandro.

Mard. A lindo tiempo, Alexandro,
venís á Tébas. *Alex.* Por qué?
Mard. Porque sé que habeis de holgaros
de ver un Angel muger.
Alex. Angel muger? *Mard.* Si, por Dios.
Alex. Dificultoso ha de ser,
que la muger mas hermosa,
para mí demonio es.
Mard. Desde quándo acá, Alexandro,
teneis ese parecer?
Alex. No ha mucho.
Mard. De qué ha nacido
no estimar y aborrecer
los sugetos mugeriles?
que si yo no me engañé,
quando os vi en Alexandría,
el mas silvestre clavel
era de vos estimado.
Alex. Digo que razon teneis;
pero ya estoy diferente
de aquello que entónces fué.
Mard. Lo que digo, no ha mil años,
pues decir puedo, que ayer
os vi tan enamorado,
que casi me lastimé
de veros con tanto amor.
Alex. Habrá dos meses ó tres,
que vivo con poco gusto.
Mard. Y de qué nace? *Alex.* De haber
querido con mucho extremo,
y como ordinario es
aborrecer en gozando,
ya aborrezco lo que amé.
Y tan asustado vivo,
despues que el ambar gocé
de la boca que adoraba,
que es imposible tener
gusto; y es de tal manera,
que en mi pecho está un babel
de confusion, de tristeza,
de pena, y de tal desden
conmigo mismo, que yo
no me puedo conocer.
Mard. Si de zelos hay vislumbres,
no me espanto, que tal vez
suelen ser causa los zelos,
que lo que se quiere bien
se aborrezca y no se estime:
si bien suele suceder
ser acicate del gusto:
mas quando se llega á ver
aquello que se sospecha,
entónces forzoso es,
que en pena se trueque el gusto,
en acibar lo que es miel,
en rigores las blanduras,
y en gualda la candidez.
Y quando pasan los zelos
desde sospecha á no ser
mentira, sino verdad,
el amante mas novel,
y el ménos diestro en las armas
de aquel rapacillo Rey,
el amor convierte en odio,
y en olvido el bien querer.
Y así, no me espanto yo,
que vos disgustado esteis,
si vuestra dama ha entragado
á otro dueño el rosicler.
Alex. No, Mardonio, en este caso
me han podido acometer
los rigores de los zelos,
que seguridad hallé
en el sugeto adorado
no solo un mes y otro mes,
sino algunos años; y ántes

que llegase á merecer
ser dueño de su hermosura,
tan de veras me entregué
á la pasion amorosa,
que sin poder conocer,
que imposibles intentaba,
por todos atropellé,
hasta que postré los muros
de la que me hizo poner
en tan notorios peligros.
Pero despues que llegué
á tocar dichoso amante
de sus labios el clavel,
de sus mexillas el nácar,
de su hermosura la tez,
de su aliento la fragrancia,
y el donayre de sus pies;
todo yo tan otro estoy,
que sin que llegue á altivez,
la fragrancia es olor mio,
los donayres son desden,
las hermosuras fealdades,
el nácar amarillez,
la nieve pura azavache,
y aquella que imaginé,
quando pretendí gozarla,
ser Angel mas que muger,
demonio, que me atormenta
me parece ya. *Mard.* No deis
lugar á tantas quimeras.
Alex. No sé cómo pueda ser
divertir á la memoria,
porque es verdugo cruel,
que atormenta los sentidos.
Mard En este Meson que veis
aquí enfrente, hay una moza
de tal gracia y parecer,
que sabrá bien divertiros.
Alex Por imposible tendré,
que en tantas melancolías
pueda alegrarme.
Mard. No esteis
tan triste, que su donayre
es tal, que puede vencer
mayores dificultades;
y para que os alegreis,
habemos de entrar allá:
mas entrar no es menester,
que ya á la calle ha salido.

Salen Alvarez Mesonero vejete, y María como moza de Meson.

Alvar. Ya te he dicho no una vez,
sino muchas, que á los mozos
no los trates con desden;
porque ellos solos, María,
nos pueden enriquecer,
y si á otro Meson se mudan,
ya vés que me perderé.
María Yo lo haré de buena gana.
Alvar. Aqueso tienes de hacer;
pues solo en eso consiste
nuestro mal ó nuestro bien:
mas aquestos galancitos
que vienen de tres en tres,
con mas tufos y guedejas,
que un caballo de alquiler
lleva crines, y un frison
cernejas lleva en los pies,
no hay que admitirlos, María,
porque suele suceder
pasar de burlas á veras;
que viendo que el otro es
mas bien visto de tus ojos,
y que tú no haces de él
tanto caso como él piensa,
con su espadita y broquel
quiere alborotar la casa,
y sin respeto tener
al dueño que en ella vive,
se reviste de altivez,
y con cólera prestada,
las manos querrá poner
en tu rostro. *María.* Ya te entiendo,
no es menester que me des
mas leccion, que ya conozco
todos los de este jaez,
que piensan, que por sus ojos
bellidos una muger
ha de darles todo gusto:
mas saldráles al reves,
que yo estimo en mas el rostro
del Rey de Jerusalen
estampado en el metal,
que sabe muros romper,
que quantas hay valentías;
porque en no trayendo argen,
el mas valiente es cobarde,
el mas furioso es lebrel,

y el que quisiere rendirme,
ha de dar, no prometer,
que en mi opinion vale mas
un toma, que dos te daré.
Porque como la promesa
de tiempo futuro es,
quando llega á ser presente,
si presente llega á ser,
es con tal limitacion,
que solo promesa fué.
Alvar. Filósofa estás, María.
María. No te espantes que lo esté,
que es maestra la experiencia,
y son los hombres de quien
aprendemos cada dia.
Mard. Qué hay, Alvarez?
Alvar. Ya lo vés,
señor Mardonio. *Mard.* Este hidalgo
tan galan como cortes,
hoy á Tébas ha llegado,
y en ella tiene que hacer
unos negocios que importan,
y quisiera su merced,
porque tiene buenas nuevas
de la posada, escoger
en ella algun aposento.
Alex. Cielos, aquí he menester *ap.*
gran prudencia: esta es María
la que en el monte gocé,
que viéndose despreciada,
de entre una y otra pared
donde estaba recogida,
ha salido, y ya seré
mas ingrato que hasta aquí
sino la estimo. *Alvar.* Escoged,
señor hidalgo, la pieza,
que á propósito os esté,
que mi persona y mi casa
á vuestras plantas teneis.
Alex. A tales ofrecimientos
es forzoso agradecer
con el alma y con la vida,
y así digo, que tendreis
en mí un esclavo. *María.* Alexandro,
aquel Caballero infiel, *ap.*
causa de todos mis males,
es este: qué puedo hacer
sino callar y sufrir,
que alguna ocasion tendré
en que mi sentir le diga.
Alvar. Hija, María, ya vés
que es forzoso aquí el cuidado.
María. Digo, señor, que pondré
en servirle diligencia.
Alex. Es hija vuestra ó muger?
Alvar. No señor, criada mia.
Alex. Es extremada. *Alvar.* Direis,
si acabais de conocerla,
que por mi buena vejez
el Cielo me la ha traido
al Meson. *Alex.* Digo y diré,
que es Mesonera del Cielo,
y que puede el mismo Rey
servirse de ella. *María.* Señor,
suplico á vuesa merced,
no se gaste en alabarme,
que lo que soy yo me sé,
y aunque fuere mucho ménos,
no me engañará otra vez.
Alex. Quándo te he engañado yo?
María. Digo, señor, que me erré,
esta vez quise decir:
y á decirle vuelvo::- *Alex.* Qué?
María. Que mi gusto bueno ó malo,
no se guisa para él;
para guisar la comida,
para la sala barrer,
para limpiarle la cama,
y cosas de este jaez,
eso sí; mas para esotro, *Santíguase.*
Dios me defienda. *Alex.* Por qué?
María. Porque en sus ojos he visto,
que tiene traza de ser
Vireno, si soy Olimpa;
y á una muger no está bien
rendirse á quien puede darla
acibar, absintio y hiel,
por amores y requiebros.
Hace que se va.
Alex. Adónde vas? *María.* Voy á hacer
lo que toca á su regalo.
Alex. Nunca mayor le tendré,
que mirar tus bellos ojos:
oye, escucha. *María.* Toma diez
higas por ese favor;
mas no tiene para que
requebrarme, que es en vano,
porque no me hará creer,

segun en sus ojos veo,
que ha de ser firme. *Mard.* No es
del Cielo la Mesonera?
Alex. Digo que razon teneis,
y pienso que ha de ser parte
para alegrarme: traed,
huésped, algo que cenemos.
Alvar Como un viento lo traeré. *Vase.*
Mard. Quereis quedaros aquí?
Alex Si quereis volved despues,
porque intento divertirme.
Mard. Quedad con Dios. *Vase.*
Alex Id con él.
Mesonera del Cielo,
cuyos ojos brillantes
con fulgores cambiantes
abrasan todo el suelo,
un etna, un mongibelo
en mi pecho se encierra;
amor me hace ya guerra
despues que vi tus ojos,
no aumentes mis enojos,
quando en venturas tales
vienes á ser ocaso de mis males.
Melancólico y triste
á Tébas he llegado,
y en tu donayre he hallado
aliento que me diste:
los rigores resiste,
que á mostrar comenzaste,
no des conmigo al traste,
ya que mi suerte ha sido
tanta, que he merecido,
que mis melancolías
se conviertan en gustos y alegrías.
María. Caballero alevoso,
villano, mal nacido,
Rómulo fementido,
Zopiro cauteloso;
cómo ahora amoroso
pretendes mis favores,
quando de mis rigores
es bien la furia pruebes,
porque las nuevas lleves
á los hombres ingratos,
que fuiste amante de villanos tratos?
Tan presto te olvidaste,
y la traicion que hiciste,
quando atrevido fuiste,
que el honor me quitaste?
Cómo no reparaste,
quando por la ventana
entraste tigre hircana,
con aliento bizarro,
y con mayor desgarro,
que quedando burlada,
habia de ser leona deshijada?
Pues vive Dios, ingrato,
Sácale la espada de la cinta.
ya que me ocasionaste,
despues que me gozaste
con alevoso trato,
que perdiese el recato
á la nobleza mia,
que de tu alevosía
has de pagar ahora,
con tu espada traidora
la culpa merecida,
que amante tal no es bien q̃ tenga vida.
A Dios tengo ofendido,
á mi honor deslustrado,
y lo que habia ganado,
del todo se ha perdido:
por tu causa he venido
á ser muger perdida;
buena fuí recogida,
pero ya soy tan mala,
que Tais no me iguala;
y soy tan gran ramera,
que me rindo á dar gustos á qualquiera.
Y pues soy flor ajada
de tu villana mano,
defenderte es en vano
de una tigre enojada:
qué muger despreciada,
sin que el infierno tema,
no se abrasa y se quema
en furias y rigores,
sintiendo los dolores
del fuego que ha encendido
un Masageta necio y atrevido?
Y así, no ha de espantarte,
quando enfrascada en vicios,
de quien por sacros juicios
tú vienes á ser parte,
que pretenda matarte.
Vale á dar, y repara con la daga.
Alex. El furor que te altera

suspende, aguarda, espera.

María. Cómo esperarme puedo,
si la cólera heredo
de serpiente pisada,
y de muger resuelta y agraviada?

Alex. Yo confieso, María,
que te sobran razones,
y el decirme baldones
no juzgo á villanía;
pero el rigor desvía,
retírese tu enojo,
que ya por tu despojo
el alma se confiesa,
pues gana é interesa,
volviendo á recobrarte,
mas gloria q̃ en el mundo tuvo Marte.

María. Cómo quieres que crea,
que ahora verdad tratas,
si entre riscos y matas,
con hazaña tan fea,
robaste la presea,
que mas á Dios agrada?
mas de ti no estimada,
pues luego en aquel monte,
perjuro Laomedonte,
apénas la robaste,
quando pirata necio te ausentaste.
Entónces no decias,
derramando cristales,
que curase tus males
y tus melancolías?
Con ansias y porfias
no intentaste ablandarme?
mas fué para engañarme:
y así, aunque viertas perlas,
no tengo de cogerlas,
porque en trance tan fuerte,
no es crecido rigor el darte muerte.

Alex Entónces yo confieso,
que con exceso amaba,
y que poco faltaba
para perder el seso;
pero de aqueste exceso
(viéndote consagrada
á la Deidad Sagrada)
saqué ser atrevido,
y que Dios ofendido
mucho de mí estaria,
pues en su misma esposa le ofendia:
y lleno de temores,
por tanto barbarismo,
me aborrecí á mí mismo,
huyendo sus rigores;
pero ya que de amores
tratas, bella María,
el amor que tenia
vuelve á cobrar aliento,
y hago juramento
á tu misma belleza
de aventajar los montes en firmeza.

María. De firmezas no trato,
que la mayor firmeza
para mí, es la riqueza:
interes es mi trato,
ya he tocado á rebato,
á mi honor hago guerra,
ya soy en esta tierra
pública pecadora:
al que mas me enamora,
que me ofrece mas oro,
de quien mas me paga es mi tesoro.
Pero tú, fementido,
no intentes combatirme,
con decir serás firme;
pues tan ingrato has sido,
que si hubieras traido
copia de cornerinas,
y las que el Alba finas
congela varias perlas,
mas quisiera perderlas,
que volver á rendirme
á quien no quiso ser amante firme.
Y así, vete, villano,
que por no lisonjearte,
ya no quiero matarte *Arroja la espad.*
con tu espada y mi mano:
mas tambien será en vano
pretender ser mi amante;
que porque mas te espante,
quando te muestras tierno,
ántes me iré al infierno,
que vuelva á sujetarme *(Vase.*
á quien solo ha querido deshonrarme.

Alex. Escucha, aguarda, espera,
hipógrifo violento,
no te calces de viento,
no camines ligera
á superior esfera;

reprime tus rigores,
estima mis amores:
mas cómo, si amor tengo,
no la sigo, y prevengo
del rigor ablandarla,
pues alas me da amor para alcanzarla?

Vase, y salen Alvarez y Pantoja de Peregrino.

Pant. Quánto habrá que aquesta moza
tiene en casa? *Alvar.* Casi dos
meses. *Pant.* No mas?
Alvar. No. *Pant.* Por Dios,
que mucha hermosura goza.
Alvar. No es muy linda?
Pant. Es extremada,
y si de espacio viniera,
solo por ella asistiera
con gusto en esta posada:
mas voy de priesa, y así
no me puedo detener;
pero yo haré por volver
con brevedad por aquí
solo por verla: el camino
es menester que me enseñe,
para que no se despeñe
este pobre Peregrino.
Alvar. Ya le digo, que en pasando
aquella cuesta de enfrente,
donde está una hermosa fuente
de sí misma murmurando,
hay dos caminos inciertos,
adonde los Peregrinos,
ignorando los caminos,
se pierden por los desiertos.
Porque el de mano derecha,
que tira hácia Alexandría,
aunque se anda cada dia,
es una sendica estrecha,
que por ser las peñas tantas,
no se dexa hollar la tierra,
y así hacen cruda guerra
á las peregrinas plantas.
Y el que está al izquierdo lado,
si bien no es ménos estrecho,
hace camino derecho
al desierto tan nombrado
de la Tebayda de Egipto:
con esto no hay mas que hacer;
y si acertare á volver
por aquí, será infinito
el gusto que me dará,
volviéndose á la posada,
donde su persona honrada
con todo se acudirá
quanto hubiere menester.
Pant. Y ha de ser de valde? *Alvar.* No,
que no puedo darle yo
cosa de valde. *Pant.* Ofrecer
á costa de mi dinero
lo que tengo de yantar,
cosa es digna de estimar;
pero, hermano Mesonero,
mas merced le hago yo
en tenerme por su amigo,
pues viene á ganar conmigo
dos tantos que le costó.
Alvar. Pícaro, infame, bellaco,
qué modo de hablar es ese?
Pant. Eso de pícaro cese,
que por Christo, que si saco
atras el pie, y el bordon
esgrimo como yo suelo,
que á su pesar bese el suelo.
Alvar. Poquito á poco, brivon.
Pant. Muchito á mucho, vejete.
Alvar. Poco á poco, pordiosero.
Pant. Mucho á mucho, Mesonero.
Alvar Hijo de puta. *Pant* Alcahuete.
Alvar. Eso es poco y mal hablado.
Pant. Esotro es mucho, aunque poco.
Alvar. Vete enoramala, loco.
Pant. Vete tú, desvergonzado.
Alvar. Sucio, mientes, por San Pablo.
Pant. Y tú mas, por Christo eterno.
Alvar. Vayase con el infierno.
Pant. Y él se quede con el diablo.

Vanse cada uno por su parte.

Sale Leonato Hasta quándo, cuidados,
tan bien sufridos, como mal premiados,
por caminos inciertos,
entre riscos pesados y desiertos
de habitacion humana,
tengo de andar tras una tigre hircana,
despeñado Faetonte,
en este inculto como altivo monte?
Lucrecia no parece,
el aliento y la fuerza desfallece,
los pies están cansados,

solo tengo los brios alentados:
mas de qué sirven brios,
si son infaustos los sucesos mios?
Al pie de aquesta fuente, *Siéntase.*
que desperdicia aljófar su corriente,
al son de sus cristales
quiero hacer un recuerdo de mis males,
que el mal comunicado
suspende un poco al dueño desdichado.
Fuentecilla, ya veo,
que no puedo alcanzar lo que deseo,
y me tendreis por loco,
quando se estima mi fineza en poco:
mas el ciego vendado
sus dorados harpones me ha tirado,
y estoy de tal manera,
que olvidarla no puedo, aunque quisiera.
Ya que no puedo hablarla,
cristal puro, qué haré para olvidarla?

Sale Lucrecia vestida de pieles en lo alto del monte.

Lucrec. Divertir la memoria
de tal suceso y de tan triste historia
es lo mas acertado.

Leon. En esta fuente un eco ha resonado
(ay Dios!) si en ella hallase
remedio con que el mal se minorase,
qué dichoso fuera!

Lucrec. Justo sera que la memoria muera
de laberinto tanto,
q̃ andar de risco en risco y canto en canto,
entre tanta espesura,
sin tener esperanza, no es cordura.

Leon. Parece que los ecos,
que salen de estos cóncavos y huecos
formando desengaños,
procuran libertarme de mis daños.

Lucrec. Refrene el pensamiento
alas veloces, que le presta el viento,
que dexar remontarle
á superior esfera, es despeñarle;
y mas quando no hay medio,
que pueda ser de tanto mal remedio.

Leon. O tú, que entre cristales
vienes á ser remedio de mis males,
si eres acaso monstruo
con alma racional, descubre el rostro,
que no es bien me liciones,
poniéndome en mayores confusiones.

Lucrec. Alma, si el trance es fuerte,
y has de ser alma en pena hasta la muerte,
de qué sirve briosa,
en torno de la luz ser mariposa,
si al fin, al fin el fuego
te ha de abrasar con tal desasosiego?

Leon. Verdades apuradas
salen de entre estas rocas empinadas;
si no es que aquesta fuente,
dando voz al cristal de su corriente,
viendo mi mal notorio,
convierte en lengua el líquido avalorio,
para que no me vuelva
Sátiro bruto de esta inculta selva.

Asómase á la fuente.

Pero, Cielos, qué veo!
este, si no se engaña mi deseo,
el rostro es de Luerecia;
si bien la vista ya turbada y necia,
desmintiendo su trage,
me la muestra vestida de salvage:
oye, Lucrecia mia.

Lucrec. Un hombre con extraña fantasía,
mirándose en la fuente,
que hace sierpes de plata en su corriente,
á voces me ha llamado;
sin duda, que mi rostro retratado
en el cristal se ha visto:
cómo en baxarle á ver tanto resisto?
Sin duda me conoce,
pues le obliga mi vista se alboroce:
si es Abrahan mi esposo,
que ya pretende tierno y amoroso
volver á ser mi dueño?

Leon. El alma tengo ya en mayor empeño:
dónde, Lucrecia, has ido?
no vuelvas á privarme de sentido:
Lucrecia.

Va baxando Lucrecia por el monte, y quêdase á la mitad.

Lucrec. Quién me llama?

Leon. Quien á su costa de veras te ama,
que por buscarte solo,
como á Clicie divina el sacro Apolo,
sin saber reportarme,
me he visto á pique ya de despeñarme.

Lucrec. Dime presto tu nombre,
que hace el no conocerte que me asombre.

Leon. Yo soy, Lucrecia hermosa,

Leo-

Leonato, á quien amor rinde y acosa
con extremo crecido;
y es tanto extremo, que me trae perdido
hasta gozar tus ojos,
á quien se rinde el alma por despojos.
Yo soy aquel que en Tébas,
viéndome de ti amado, tuve nuevas,
que fuiste á Alexandría,
para dexar entónces de ser mia:
supe tambien, que en ella
te desprecia tu esposo por ser bella,
y en tan funesto estado
quiso dexarte por no ser casado.
Yo viendo tu desprecio,
cuya beldad adoro, estimo y precio,
amante desvalido,
por el inculto monte te he seguido,
sin que nuevas hallase,
con que mi amor gigante sosegase,
hasta ahora que el Cielo
quiso en mis males darme ese consuelo.
Baxa, baxa, señora,
estima esta lealtad de quien te adora:
á Tébas nos volvamos,
donde con gusto y paz los dos vivamos,
el uno olmo, el otro yedra,
que con lazos estrechos amor medra.
Y pues tu necio esposo
no quiso ser contigo venturoso,
goce yo esta ventura,
que lo será gozar de tu hermosura,
como grande desdicha,
si no llego á gozar de aquesta dicha.
Lucrec. Bien quisiera ser parte
para poder, Leonato, consolarte,
y agradecer quisiera
la relacion que has hecho verdadera
de firme enamorado;
pero yo vengo á hallarme en tal estado,
y en tan estrecho empeño,
despues que me entregaron á otro dueño,
que olvidando el ser mia,
toda yo me entregué al de Alexandría.
Y aunque no consumado
fué el matrimonio por infausto hado,
tan de firme me precio,
que del mayor Monarca hago desprecio;
y así, Leonato, dexa
la pasion amorosa que te aqueja,
que viviendo mi esposo,
no pretenda ninguno ser dichoso;
porque ha de ser en vano
intentar que á otro amante dé la mano
(esto, Leonato, es cierto) *(Vase.*
hasta que sepa que mi esposo es muerto.
Leon. Oye, Lucrecia, escucha,
muévate la pasion que en mi alma lucha:
mas si eres Atalanta,
Hipomenes seré para tu planta,
que mostrándome fiero
para vencerte en curso tan ligero,
no con manzanas de oro
sacado de las minas del Peloro,
sino con limpio acero,
al que llamas esposo verdadero
le quitaré la vida,
si de otra suerte no has de ser vencida.
Vase sacando la espada, y salen Pantoja de Peregrino y Abrahan de Ermitaño.
Abrah. En efecto, mi sobrina,
con tanta disolucion
hace vida en un Meson?
Pant. Ella corrió la cortina
á la vergüenza, y allí
á quien le paga mejor
ofrece gusto mayor,
aunque sea el Gran Sofí.
Abrah. Búscame, Pantoja amigo,
un vestido de Soldado,
que quiero ser disfrazado,
de su liviandad testigo.
Y para que efecto tenga,
ve volando á Alexandría,
y pide de parte mia
el dinero que convenga.
Pant. De tu pensamiento apelo:
qué es lo que quieres hacer?
Abrah. Si puedo, que llegue á ser
la Mesonera del Cielo.
Pant. Y quién te ha de acompañar,
señor, en esta ocasion?
Abrah. Tú que sabes el Meson.
Pant. Bien me quisiera excusar,
si puede ser, de ir contigo.
Abrah. Por qué?
Pant. Porque quando fuí,
con el vejete reñí,
y quedó muy mi enemigo,

y si me vuelve á coger
en su casa, es ocasion
de alborotar el Meson.
Abrah. Pantoja, aquesto ha de ser;
y pues yo estaré á tu lado,
no hay que temer el partido.
Pant. Señor, yo soy mal sufrido,
y vestido de Soldado,
si él dice palabras tales,
que yo me llegue á enfadar,
no le puedo convidar
á cerezas garrafales?
Abrah. Enseñarásme el Meson,
y luego podrás volverte,
ya que temes de ponerte
en semejante ocasion.
Pant. Adónde me he de volver?
Abrah. A la entrada del Lugar,
y allí podrás aguardar,
que ántes del amanecer
estaré contigo yo.
Pant. Plegue á Dios, que en ello aciertes,
y que no haya algunas muertes
en el caso. *Abrah.* Aqueso no,
que lo sabré disponer
mejor, que imaginas tú.
Pant. Lléveme á mí Bercebú,
sino hay harto que temer.
Abrah. Vamos, y pierde el rezelo,
que te enfada y amohina,
que ha de ser hoy mi sobrina
la Mesonera del Cielo.
Pant. Vamos; mas por Christo eterno,
si llueven palos en mí,
que vendrá á ser para mí
Mesonera del infierno. *Vanse.*
Salen Alexandro y Mardonio.
Mard. Cómo va de amores? *Alex.* Mal.
Mard. Por qué?
Alex. Porque con rigores
corresponde á mis amores.
Mard. No vi condicion igual,
ni sé qué pueda decir,
viendo que por varios modos
hace buena cara á todos,
y á vos no os quiere admitir.
Y me da que sospechar,
mirando tales resabios,
que de por medio hay agravios,
que la obligan á mostrár
ceño y capote con vos.
Alex. Que tiene razon confieso
de hacer conmigo este exceso.
Mard. Ya sabeis, que entre los dos
estrecha amistad ha habido,
y así, decirme podeis
(si satisfaccion teneis
de mí, que secreto he sido)
la causa de este desden.
Alex. Corta nuestra amistad fuera,
si ahora parte no os diera
de mi mal ó de mi bien.
Ya os acordais que llegué
á Tébas con poco gusto,
y que nació este disgusto
de una muger que gocé.
Mard. Sí me acuerdo.
Alex. Pues, Mardonio,
es esta misma; y en fin,
este humano serafin
se me convirtió en demonio.
Despues que de su hermosura
gocé el néctar soberano,
que me obligó á ser tirano
el verla en una clausura,
adonde á Dios dedicada
con mucho gusto asistia,
y viendo que le ofendia
con accion tan arrojada,
temiendo de su rigor
la rigurosa sentencia,
determiné hacer ausencia,
olvidado de mi amor.
Y como ahora la vi
sin estas obligaciones,
á mis antiguas pasiones
con mas fuerzas me volví.
Y responde, que seré,
quando le digo mi amor,
falso, perjuro y traidor,
mas que quando la gocé.
Mard. En parte tiene razon,
que una muger agraviada,
de su agravio hace la espada,
y peto de su pasion.
Y si da en aborrecer,
aunque amor le haya rendido,
es el odio mas crecido,

que fué el amor y el querer:
qué pensais hacer ahora?
Alex. Fáltame hacer un papel,
y esme forzoso ir por él
ántes que salga la Aurora;
y á la verdad le diré,
que vuelva á estimar mi amor.
Mard Si yo soy de algun valor
para serviros, lo haré.
Alex. Satisfecho estoy de vos;
y así os pido, que me deis
licencia. *Mard.* Vos la teneis.
Alex. Con Dios quedad.
Mard. Id con Dios.

Vanse cada uno por su parte, y salen Pantoja y Abrahan á lo Soldado con grande cabellera.

Pant. Ya que habemos llegado
al puerto de los dos tan deseado,
esta es, señor, la puerta
del Meson; y pues sabes que está cierta
con este Mesonero
la pesadumbre, yo volverme quiero,
donde en el prado ameno
aquesta noche dormiré al sereno,
contando las estrellas,
si acaso el sueño me dexare vellas,
hasta que á la mañana
María sirva al monte de Diana.
Abrah. Darte quiero ese gusto;
pero llama primero.
Pant. Aqueso es justo:
Alvarez, hay posada? (da:
Dent. A v. Tan limpia como siempre y asea-
entren vuesas mercedes.
Pant. Con aquesto, señor, quedarte puedes.

Vase, y sale Alvarez.

Alvar. Sea muy bien venido.
Abrah. La fama de esta casa me ha traido
hoy á posar en ella;
porque demas de ser hermosa y bella,
con excesivos modos,
la Mesonera, como dicen todos,
tambien me han informado,
que el dueño del Meson es muy honrado.
Alvar. Por lo ménos deseo
servir á los que me honran con aseo.
Abrah. Bien el talle publica,
que vuestra voluntad de todo es rica:
algo vengo cansado,
y descansar quisiera.
Alvar. Aderezado
tendrá ya el aposento
la moza que decís, que es como el viento.
Abrah. Si no os causa disgusto,
por decirme que tiene muy buen gusto,
esta noche quisiera,
que fuera, si gustais, mi compañera:
mi intento tenga efeto,
que no formareis quejas os prometo:
tomad estos doblones,
y buscad que cenar.
Alvar. A los varones
de vuestra traza y modo,
á servir con cuidado me acomodo:
yo hablaré á la moza,
que mil donayres en su aliento goza,
y sin darme disgusto,
haré que acuda á daros ese gusto:
sirvan luces, María.

Sale María con luces, y pónelas en un bufete.

María. Aguardando en las manos las tenia.
Alvar. Qué os parece el despejo?
Abr. Ay querida sobrina, ay claro espejo,
quebrado por mis males! *ap.*
reprimid, corazon, vuestros raudales.
Es su gran bizarría
mas que la fama publicado habia.
Alvar. María, aqueste hidalgo
quiere verte esta noche.
María. Si yo valgo
para hacerle ese gusto,
desde luego á su gusto yo me ajusto.
Abrah. Ay Cielos! quién dixera, *ap.*
que tal facilidad en ella hubiera?
Vamos al aposento:
alentad vuestros brios, pensamiento,
que de estas liviandades, *ap.*
y de aquestas lascivas libertades,
con el favor Divino,
por modo extraordinario y peregrino,
dexando el ser ramera,
vendrá á ser de los Cielos Mesonera.

Toma María una vela y va delante de Abrahan, y quédase Alvarez.

Alvar. Por San Pedro y San Pablo,
que en el Meson se ha desatado el diablo

tra-

tratemos de la cena,
que con tal huésped la tendremos buena;
porque hablando verdades,
despues que yo pasé mis mocedades
y jóvenes ardores,
el oro y el comer son mis amores. *Vase.*

Sale María con una luz, pónela en el bufete, y corre una cortina adonde estará una cama muy aderezada y Abrah.

María. No ha de cenar su merced?
Abrah. Ya para cenar es tarde;
demas, que no hay para mí
mejor cena que gozarte,
porque mirando tus ojos
y lo ayroso de tu talle,
es tanto lo que te adoro,
que el gusto se satisface.
María. Avisaré, segun eso,
que de la cena no trate
mi señor. *Abrah* Decirlo puedes.
María. Oye usted, señor Alvarez.
Dent Alvar. Qué dices, hija María?
María Que su merced no se canse
en aderezar la cena,
que no quiere mas faysanes,
que gozar de mi hermosura.
Dent. Alvar. Háganme de aquesos males
los huéspedes que vinieren,
quando yo quiero sentarme
á comer. *Abrah.* Cierra la puerta.
María. Ya está cerrada con llave. *Cierra.*
Abrah. Está bien. *María.* Ahora puede
en esta silla sentarse.
Abrah. Por qué dices que me siente?
María. Porque quiero descalzarle,
para que nos acostemos.
Abrah. Aun es temprano, bastante
tiempo nos queda, María.
María. Ya es razon acomodarme
con su gusto. *Abrah.* Eres discreta.
María. Ya que no quiere acostarse,
me ha de conceder licencia,
que los cabellos aparte
de su rostro. *Abrah.* Norabuena,
que es lo que pides tan fácil,
que fuera estimarte en poco,
no hacer lo que tú gustares.

Apártale los cabellos, túrbase, y pónese de rodillas.

Mar. Señor:: qué es aquesto, Cielos! *ap.*
mi tio en aqueste trage?
Abrah. Qué es esto? *María.* Señor::-
Abrah. Sobrina,
tú con tantas libertades?
tú con tal desenvoltura?
tú con liviandad tan grande?
tú tan públiea ramera,
que hasta en las soledades
de tu torpeza y locura
las peñas han hecho alarde?
No eres tú la que en el monte
eras tenida por Angel?
cómo por estas torpezas
el ser Angel olvidaste?
María, corazon mio,
quién fué causa que trocases
el Angelical vestido,
por este que nada vale?
Si del infernal dragon,
convertido en tigre y áspid,
fuiste combatida entónces,
y diste contigo al traste;
no era mejor que acudieras,
pues era el remedio facil,
á decírselo á tu tio?
que yo, aunque malo, en tal trance
pidiera á Dios con suspiros
y con penitencias grandes,
que de tales tentaciones
te librara como Padre.
Tu santidad qué se ha hecho?
dónde están tus humildades?
adónde tus devociones?
cómo tan presto trocaste
la santidad por el vicio,
la abstinencia por la carne,
por el regalo el ayuno,
y los bienes por los males?
Vuelve en ti, mirad el alma,
ya tus durezas ablanden
pedazos del corazon,
convertidos en cristales.
Mas como estás enfrascada
en vicios y vanidades,
y como tras un pecado,
pecados encadenaste,
no querrás volverte á Dios,
no procurarás llamarle,

no intentarás reducirte;
porque los vicios son tales,
que si en el alma una vez
comienzan á amontonarse,
del infierno hacen su cielo,
y gusto de los pesares.
Ea, sobrina María,
que si del Cielo cerraste
las puertas con tus pecados,
la penitencia las abre.
Vuelve en ti, mira por ti,
no aguardes á que se pase
el verdor de tus Abriles,
de tu hermosura el donayre,
el nácar de tus mexillas,
de tus ojos lo brillante,
el oro de tu cabello,
de tus perlas el engaste,
el marfil de tu garganta,
y los brios de tu sangre;
que si pasa todo aquesto,
y llega la inexôrable
parca, que á nadie perdona,
mal podrá recuperarse
el tiempo desperdiciado
en locuras y maldades.
Mira que corre tormenta
el mar en que te embarcaste,
y hay escollos peligrosos
en que se rompe la nave.
Coge las velas, María,
de culpas descarga el lastre,
y como diestro Piloto,
que en furiosas tempestades
se abraza con el timon,
acude tú á gobernarle.
Este es Christo, que en el árbol
de la Cruz (un tiempo infame)
derramó con abundancia
sangre y agua en que te lave:
y si acaso te enmudece
el tener cuenta que darle
de tantas maldades tuyas,
no temas, nada te empache,
que yo tomo á cuenta mia,
sobrina, desde este instante
dar cuenta de todas ellas
en aquel Tribunal grande,
como piadoso, terrible,
donde disculpas no valen:
pero para tu descargo
derramaré tanta sangre,
que se conviertan las piedras
en rubíes y granates.
Mira, que por reducirte
he tomado aqueste trage,
me he fingido deshonesto,
y he llegado á enamorarte.
Vamos al monte, María,
estas lágrimas te ablanden,
estos suspiros te muevan,
estas ansias te contrasten,
que allí para tus heridas
tan graves y penetrantes,
seré Médico, que aplique
medicinas saludables.

María. A qué corazon de peña
no harán, Padre, que se ablande
tus afectos y ternuras?
Dos veces eres mi padre,
dos veces eres mi tio;
y así, debo regraciarte
el salir por tu ocasion
de cautiverio tan grave.
Llévame donde quisieres,
mas temo que han de matarte,
si saben de aqueste robo,
los que fueron mis galanes;
y así, es menester recato,
para que de ellos te escapes:
demas de esto, mis vestidos,
que mas que un tesoro valen,
qué haré de ellos? *Abr.* Poco importa
perderlos, porque te ganes;
en silencio está la noche,
y así no debe alterarte
lo que sucederme puede,
que como tu alma se gane,
atropellaré brioso
mayores dificultades.

María. Vamos pues, Padre Abrahan,
que quiero desde hoy me llamen
la Mesonera del Cielo,
que es el mejor hospedage. *Vanse.*

Sale Pantoja.

Pant. Mucho Abrahan se tarda,
y ya la noche parda,
con la brillante luz del Alba hermosa,

se retira y ausenta presurosa:
y así, es forzoso empeño
volver á la posada de mi dueño
á ver que ha sucedido;
mas por Christo, que siento ruido:
Dentro ruido.
no me contenta nada
el ver aquesta gente alborotada.

Sale Alexandro con la espada desnuda tras de Alvarez.

Alex. Villano, fementido,
dónde mi sol radiante está escondido?
adónde está María?

Alvar. El no saberlo es la desdicha mia.

Alex. No me mientas, villano.

Pant. O si acabase de apretar la mano!
por lo ménos me holgara,
que un persignum le diera por la cara.

Alex. Acaba de decirlo.

Pant. Y tú de persignarle con un chirlo.

Alvar. Anoche un huésped vino,
con modo extraordinario y peregrino,
cuyo talle mostraba
ser espejo, segun representaba,
de santidad perfeta;
y este::- *Alex.* Qué?

Alvar. Se ha llevado la maleta,
y porque mal me cobre,
con llevarla me dexa triste y pobre.

Alex. Huésped con tanto brio,
este sin duda fué Abrahan su tio:
á buscarle partamos, (mos
que aunq le oculte el mōte entre sus ra-
ó la celeste esfera,
en buscarle seré garza ligera. *Vanse.*

Pant. Esto está en mal estado,
mejor es acogernos á sagrado. *Vase.*

Sale el Demonio.

Dem. Lleno de rabia y furor
vuelvo á mirar estos riscos
donde habitan basiliscos,
que dan vida á mi dolor:
que no puede ser mayor
mi dolor y mi pesar,
que ver volver á ganar
á un pecador convertido,
todo lo que habia perdido
con pecar y mas pecar.
Quién imaginar pudiera,
que tan pública muger,
ya sujeta á mi poder,
de mis prisiones saliera,
y que penitencia hiciera
con tan alentado brio,
que echara por tierra el mio?
mas de quién formo querella,
si es Dios el que me atropella
con superior poderío?
Pero yo me vengaré
del mismo Dios en María,
que mi cautela y porfia
ha de darla un puntapie,
y á su pesar volveré
á rendirla y sujetarla;
que quien supo derribarla
de la alteza en que la vi,
el mismo soy que ántes fuí
para poder conquistarla.
De poco han de aprovechar
disciplinas y cilicios;
yo la volveré á los vicios
á pesar de su pesar:
ya se acabó de azotar,
ya se quiere recoger;
mas mi cautela ha de hacer,
por ser negocio importante,
que todo el mundo se espante
de mi fuerza y mi poder.

Sale María vestida de saco, cogiendo unas disciplinas.

María. Al paso, inmenso Señor,
que solté la rienda al vicio,
voy pagando de mis culpas
las penas entre estos riscos:
que aunque es verdad que á su cuenta
las ha tomado mi tio,
es bien quien gozó los gustos,
que goce de los castigos.
Licencioso el cuerpo fué,
y es razon que el cuerpo mismo
pague á costa de su sangre
lo que cometió atrevido.
Ya para lavar mis culpas
tributa el corazon mio
por las bombas de los ojos
aljófares de hilo en hilo:
y la regalada carne,
de tantos males principio,

para pagar deudas tantas
destila granates líquidos.
Todo es poco á lo que os debo,
paga es corta á mis delitos,
pena es breve á tanto infierno
como tengo merecido:
pero vos, Señor inmenso,
piadoso, manso y benigno,
los holocaustos pequeños
haceis grandes sacrificios.
Oveja soy, que perdida
me salí de vuestro aprisco;
pero ya me ha vuelto á él
lo dulce de vuestro silvo.
La Mesonera del Cielo
me llamaron en el siglo;
mejor fuera me llamaran
Mesonera del abismo;
pues tantos por mi ocasion,
llevados de su apetito,
fueron á ser moradores
del eterno precipicio.
Pero ya que nombre tal
me pusieron los lascivos,
no pretendo que este nombre,
Señor, se entregue al olvido,
sino que todos me llamen,
estando en vuestro servicio,
y gozándoos en el Cielo,
Mesonera á lo divino.
Dem. Eso no será, si puedo.
María Quién en los cóncavos nichos
de estas encumbradas peñas
y pirámides altivos,
esparce voces al viento?
Dem. Yo soy, lucero de Egipto,
que presuroso á buscarte
desde Tébas he venido.
María. Qué quieres?
Dem. Decirte quiero,
que te muevan los suspiros,
las congojas y ternezas,
las ansias y parasismos
con que Alexandro te busca:
que sino le das alivio
en tan crecidos rigores
y en males tan excesivos,
serás culpada en su muerte:
sácale de este peligro,
librale de aqueste riesgo
é intrincado laberinto.
Mira que á todos importa
la vida de este Narciso,
no permitas que se trueque
en gualda y cárdeno lirio
el nácar de sus mexillas,
lo alentado de su brio,
lo ayroso de sus acciones,
que será rigor crecido,
quando puedes remediarle,
no lo hacer: y pues es rico,
dándole palabra y mano
de esposa, que es permitido,
puedes remediar sus males,
quedando con este arbitrio
Alexandro con la vida,
y tú honrada con marido.
María. Qué te obliga á persuadirme
con tal fuerza? *Dem.* Ser mi amigo
Alexandro, y darme pena
verle en tan grande conflicto.
María Pena te da de su pena?
ya te entiendo, basilisco,
ya penetro tus embustes,
tu embeleco está entendido.
Ya conozco que pretendes
volverme otra vez al siglo,
para que me enrede mas
en disparates y vicios;
mas no lograrás tu intento,
que si hasta ahora he vivido
para el mundo, ya estoy muerta,
y aunque vivo yo, no vivo:
porque vive ya en mi alma
la misma verdad, que es Christo,
y viviendo Christo en ella,
poco importan tus bramidos.
Y así, vuélvete, leon
rugiente, de do has venido,
que siendo de Christo esposa,
poco has de medrar conmigo. *Vase.*
Dem. Hay mas penas, hay mas rabia,
hay mas tormento, hay martirio
mas grave, que darme pueda
(ay de mí!) el infierno mismo?
pero para qué me quejo?
para qué en valde doy gritos,
pues vienen á ser mis quejas

pa-

para mas oprobio mio? *Húndese.*

Sale Leonato con la espada desnuda, y Lucrecia tras él.

Lucrec. Adónde vas, Leonato?

Leon. A dar la muerte con aleve trato
al que impide mis bienes.

Luc. Deten la furia con q̃ al monte vienes,
que aunque mi esposo muera,
tengo de ser contigo tigre fiera.

Leon. Yo sé que con su muerte
te mostrarás, Lucrecia, ménos fuerte.

Lucrec. Repara en que es cansarte,
imaginar que tengo yo de amarte.

Leon. Quando no hagas mi gusto,
vendré á tenerle en darte este disgusto.

Vase, y sale Abrahan vestido de Ermitaño.

Abrah. Inmenso hacedor del Orbe,
que habitas en solio eterno,
en cuyo brillante Trono
os cantan dulces Orfeos:
Ya sabeis, que por librar
de aquel lobo carnicero
á mi sobrina María,
me fingí ser deshonesto:
y para mas animarla,
dixe, que sobre mi cuello
cargaba sus graves culpas;
y que en el juicio tremendo
de vuestra justicia sacra,
donde ninguno hay esento,
estarian por mi cuenta:
y así, Señor, os ofrezco
estas penitencias pocas,
que hago en este desierto.
Mas de vos saber quisiera,
si aquesta ovejuela ha vuelto
á vuestro rebaño sacro,
libre del infernal perro,
que intentó despedazarla,
tan feróz, como hambriento.

Música. Para que contento vivas
en este triste desierto,
y porque te satisfagas,
escucha, Abrahan, atento.
Con tanta fuerza volaron
al soberano Emisferio
los suspiros de María,
que en Angel la convirtieron.

Córrese una cortina, adonde en una cueva, al pie de una Cruz, estará María vestida con saco, como muerta, y á su lado un Angel, que la pone una corona, y prosigue la Música.

Angel. De aquesta manera premia
el Consistorio Supremo
lágrimas, que derramaron
los que culpas cometieron:
y aunque desenvuelta y libre
fué Mesonera en el suelo,
la hacen hoy sus penitencias
Mesonera de los Cielos.

Abrah. Ahora, Señor Divino,
sí que moriré contento,
pues he visto por mis ojos
favor tanto, y tanto premio.

Sale Pantoja corriendo.

Pant. Qué haces, Padre Abrahan,
tan elevado y suspenso,
quando vienen en tu busca,
para quitarte el aliento,
lleno de furia un vejete,
endemoniado un mancebo,
fuego echando por los ojos,
y por la boca veneno?

Salen Alvarez y Alexandro con espadas desnudas.

Alvar. Entre estas rocas altivas
dicen, que estaba encubierto.

Alex. Ahora, santo fingido,
pagarás tu atrevimiento:
dónde tienes á María?

Abrah. Amigo, yo no la tengo.

Alex. Del Meson no la sacastes?

Abrah. Sí saqué.

Alex Pues qué es aquesto?
cómo dices, que no tienes
la que de Tébas fué espejo,
Sol claro de Alexandría,
y de estos montes lucero?

Abrah. Porque no la tengo yo.

Alex. Quién la tiene pues?

Abrah. El Cielo
tiene su alma, y la tierra
tiene solamente el cuerpo:
veis aquí lo que ha quedado.

Alex. A tus pies, Padre, confieso
mi culpa, pues por mi causa

hu-

huyó de aquestos desiertos.

Alvar. Perdóneme á mí tambien.

Pant. No perdone al Mesonero.

Abrah. Por qué?

Pant. Porque fué alcahuete, por todos caminos diestro.

Abrah. Yo os perdono; mas importa, que haya enmienda, que es severo el Juez, y á quien no se enmienda, le castiga con infierno.

Dent. Lucrec. Huye, querido Abrahan.

Pant. Otro demonio tenemos?

Sale Leonato tras de Lucrecia con la espada desnuda.

Leon. Pagarás, Lucrecia ingrata, de esta suerte tus desprecios.

Alex. Deten la espada, Leonato.

Leon. Tú, Alexandro, en este puesto? quién al monte te ha traido?

Alex. Amigo Leonato, zelos; pero ya los he dexado.

Abrah. Leonato, aquestos excesos de qué nacen? *Leon.* De haber visto en Lucrecia tal desprecio, que me desprecia por tí; y publica, que teniendo vida su querido esposo, son vanos mis pensamientos: y así, matarte queria.

*Abr.*Ház cuenta pues, que estoy muerto, Lucrecia, y dale la mano.

Lucrec. Ya le he dicho, que pretendo morir en aqueste monte, sin que me goce otro dueño.

Leon. Pues si estás determinada, y reducirte no puedo á que conmigo te cases, desde aquí á Tébas me vuelvo.

Alex. Yo no, que con tu licencia, si estar contigo merezco, pretendo mudar de vida.

Pant. Y el hermano Mesonero, qué pretende hacer? *Alvar.* Volverme á mi Meson. *Pant.* Yo lo creo, que los que una vez se enseñan á dar gato por conejo, con dificultad responden al divino llamamiento.

Abrah. A Dios le demos las gracias, y sepultura á este cuerpo.

Alex. Demos, porque tenga fin la Mesonera del Cielo.

FIN.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca; en donde se hallará esta, y otras de diferentes Títulos. Años 1768.